



CHINA (HUNAN SEPTENTRIONAL).—MISIONES AGUSTINIANAS ESPAÑOLAS.—GRUPO DE CRISTIANOS

Es del P. Agustín González, Agustino español, la fotografía que reproducimos, y de ella nos da este celoso misionero la siguiente interesante explicación:

Comenzando por la izquierda, la más joven está embutiendo serrín mezclado con algo de azufre y otros ingredientes en tripas hechas de papel fino y resistente: encendidas estas *morcillas*, despiden un humo fuerte, ahuyentador de los mosquitos, que abundan mucho y son muy molestos en verano: la otra joven está preparando las dichas tripas de papel. La vieja abueca algodón con un aparato casi en forma de arco: pega al hilo del arco con una meza de madera, y al vibrar se le enrosca al algodón, vuelve a pegarle y se desenrosca, y de esta manera lo van abuecando para hilarlo después. La tercera joven, que está colocada detrás del perro, hila algodón con el aparato que tiene cabe sí. De las tres del centro, una está cantando, otra afeitando y la tercera remoja el pelo de la niña con agua caliente para afeitarlo mejor. La anciana que está sentada, lava ropa en un cuevo redondo de madera; es una virgen de Hupe que está sirviendo en el Orfanotrofio desde su fundación; tiene más de 70 años de edad.

El anciano que está fumando en pipa larga es el más antiguo de la Misión, á la que ha prestado muchos servicios: se llama Pedro Huang.

La otra joven que tiene la mano levantada, está hilando por medio del aparato que tiene al lado. La última lava ropa.

CARTAS DE MISIONEROS

MISIONES AGUSTINIANAS DE CHINA

EPISODIO OCURRIDO AL P. EMILIANO RODRÍGUEZ, JOVEN MISIONERO ESPAÑOL

Lo refiere dicho misionero en la siguiente carta fechada en Yalan el 17 de Julio del corriente año, á su hermano en religión el R. P. Anselmo Polanco, O. S. A.

VISITANDO á mis cristianos, se me presentó uno llo-
riqueando, y con grandes muestras de dolor me
contó sus cuitas, terminando por pedirme ayuda contra
tamaños desafueros. Es comunísimo entre los chinos,
contando sus desventuras, hacerlo larga y extensamen-
te y con tal serie de circunstancias que dificultan no
poco la comprensión del asunto, máxime á los que esta-
mos poco versados en el idioma y costumbres del país.

Esto, poco más ó menos, me sucedió en el caso pre-
sente con el cristiano, así que después de escucharle
atentamente, le dije: En resumen, ¿quién es el que tra-
ta de molestarte y por qué?

—Los que me molestan, contestó él, son los esbirros
del tribunal por orden del Mandarín; á diario y á to-
Año XIX. Núm. 383

das horas les tengo en casa, sin poderlos desechar, y
amenazan romperme todos los trastos de la casa, todo
porque me obligan á hacer supersticiones y me niego
á ello.

—¡Cómo! ¿que te obligan á hacer supersticiones?
Expícaté, á ver.

—Me explicaré, escuche el Padre.

—Ya atiende.

—Es costumbre entre los paganos, todos los años el
trece de la Luna quinta, adorar al Kuantia pusa, y los
carniceros deben contribuir con su ofrenda de carne de
cerdo y oveja para que el Mandarín la ofrezca; como yo
este año tengo carnicería, quieren que contribuya á ese
culto idolátrico, pero antes me ofreceré á Dios en sa-
crificio que tributar culto á un ídolo.

—Bien por ti, esa es tu obligación y la de todo fiel
cristiano; pero no te apures, que por esta vez no llegará
á tanto. ¿Estás cierto que es el Mandarín quien lo or-
dena?

—Sí, Padre.

—Bueno, pues, descuida y vete en paz, que yo lo
arreglaré.

20 de Noviembre de 1911

Llamé al Catequista encargado de aquella cristianidad para inquirir lo que hubiera de cierto, mas me ahorró ese trabajo la presencia de un tribunalista que venía á saludarme en nombre de su Mandarín, pero después del saludo vino aquello: me presentó un documento con los apellidos de cuatro familias y en papelito aparte el del cristiano; empezó á contarme el asunto, mas como yo estaba enterado le atajé los pasos diciéndole que agradecía el saludo de su noble Señor, que al día siguiente iría al tribunal á saludarle, y entregando mi tarjeta de visita para su Mandarín, le despedí.

Mientras llega el momento de acudir al tribunal voy á narrarle la historia de Kuantia pusa.

En la dinastía Han-tsao—hace 2,558 años—uno de sus Emperadores estaba rodeado de ministros intrigantes y perversos que se conjuraron contra su gran Señor, logrando dividir el imperio en tres grandes reinos: *Toungu* el uno, que compendia lo que hoy es Kiang-si, *Weikue* el otro, hoy Sen-si, y *Si son* la parte occidental del imperio que comprende la provincia de Sechoau.

En este tiempo aparece Kuantia, que no pudiendo sufrir las iniquidades de ministros tan perversos, se constituyó en defensor de la dinastía reinante: conoció á uno de sus miembros, ya de la sexta generación, que aunque pobre (ganaba el sustento haciendo sandalias de paja y esterillas para dormir), era de grande disposición y energía, y trabajó cuanto pudo hasta conseguir ponerle en el trono de sus antepasados.

Liow-pi, tal era su apellido, agradecido á su bienhechor le hizo su primer ministro, lo cual, visto por los émulos de Kuantia trabajaron por traerle á su bando; no consiguiendo nada por buenas, pusieron en juego cuantas artimañas el mundo, demonio y carne les sugiriera para perder á aquel hombre, mas todo fué inútil; riquezas, honores y placeres, todo se estrelló ante el ánimo inflexible y varonil de nuestro héroe. Sus adversarios no se dieron por vencidos, le esperaron en el campo de batalla, y en una de las continuas luchas le armaron un lazo; Kuantia acude como siempre á la cabeza de su ejército, y cuando consigue hacer huir al enemigo, caballo y caballero quedan aprisionados cayendo en manos de sus enemigos, quienes le proponen ó desertar ó morir, mas él, firme en su propósito, responde con entereza: «Vosotros haced de mí lo que os venga en talante; mi última palabra es esta: Liow pi es mi Emperador;» lo cual oído, aquellos perversos ministros le dieron muerte cruel.

El Emperador, para premiar la sumisión y patriotismo de Kuantia, expidió un decreto declarándole inmortal y digno de los honores tributados á los dioses. Desde entonces hasta la fecha se considera como protector del ejército, así como Confucio lo es de los literatos.

Siendo Patrón y protector del ejército, ¿por qué han de ser los carniceros y no los soldados los que paguen la ofrenda?—No me lo pregunten á mí; doctores tiene el celeste Imperio que sabrán responder á esa pregunta; lo que sí diré es que antaño todo aquel que quería abrir comercio de carne tenía que poseer documento sellado por el Mandarín, pero hoy ya no es así, y el que quiera puede hacerse carnicero, pero llegados los días de adorar á los Pusas, ellos tienen que llevar la carne

que ofrecerá el Mandarín, haciendo tres postraciones profundas ante el ídolo para tenerle propicio. De aquí los apuros del cristiano, el saludo del Mandarín y el tener que presentarme ahora al tribunal.

Voy, pues.

En silla me dirijo allá, no sin tener que atravesar la ciudad casi de un extremo á otro, con lo que no pocos curiosos, que no saben en qué emplear el tiempo, me acompañaron con el único y exclusivo objeto de oír lo que dice el Europeo.

Anunciada mi visita, se abren de par en par las puertas centrales del tribunal, y grave, solemne, pero no pausado—porque los cargadores querían desechar la carga—soy llevado al interior, donde me esperaba un tribunalista que, presentándose en alto y con respeto mi tarjeta, me guía á la sala de visitas donde, en pie y casi formado á lo militar, esperé breves momentos hasta que apareció un anciano alto y grave, de facciones algo severas. Hecha la inclinación profunda y el saludo de ceremonia, después de cambiar algunas frases laudatorias empezamos á tratar de lleno la cuestión, entablado el siguiente diálogo:

—Hermano mayor, ayer recibí tu saludo; gracias por tan grande honor del que no soy digno.

—El hermano mayor es muy digno y perdona que no fuera yo en persona.

—¡Oh! no; hubiera excedido los límites de la cortesía; supe que habías estado ocupadísimo con los primates de la ciudad.

—Así fué.

—No se te ocultará, hermano mayor, que vengo también á tratar contigo el asunto del cristiano apellidado *Tchu*, que, según he oído, el hermano mayor quiere que presente la ofrenda para el ídolo.

—Es verdad, y por cierto que me extraña el proceder de ese cristiano, pues hasta el presente nadie se ha negado en asunto tan grave como es adorar á Kuantia.

—No te admires que obre así; es cristiano, y las leyes de la Santa Iglesia le prohíben que adore á otro que el único y verdadero Dios.

—Sí, pero eso no quita para que él pueda por medio de un criado enviar la ofrenda á la pagoda, porque no se pide que él adore al Pusa.

—Aún así no le está permitido, porque no se te oculta que hacerlo por medio de otro, para los efectos es lo mismo que si lo hiciera por sí mismo.

—No obstante, ruego al hermano mayor, que condescienda un poco, y haga que el cristiano prepare la ofrenda, pues de no hacerlo él, los otros se negarán lo mismo.

—Ruego me dispenses si no accedo á tus deseos, porque una cosa que de por sí es mala, ni yo puedo mandarla, ni el cristiano hacerla.

—En ese caso, si el cristiano se niega á ello que cierre la carnicería; puede hacer cualquier otro comercio.

—Según eso, en lo sucesivo á los cristianos ¿no les será permitido hacer ese comercio? si quieres que te obedezcan, debes publicar un edicto ó cosa parecida; pero ten presente que eso equivaldría á oponerse á la propagación del Evangelio.

—No, eso no haré yo, porque sé que la Religión de



CHINA (HUNAN SEPTENTRIONAL).—MISIONES AGUSTINIANAS ESPAÑOLAS.—GRUPO DE 19 NIÑAS ÚLTIMAMENTE RECOGIDAS Y BAUTIZADAS

Se les impuso á todas el nombre de Isabel, en memoria de la cristianísima Infanta de España que las ha acogido bajo su regia protección

(Reproducción directa de fotografía remitida por Fr. Agustín González)

tu noble reino es buena y que vosotros venís á hacer una buena obra.

—Esta religión no es sólo del extranjero, sino que es de todo el mundo.

—Bien, ya que el cristiano no puede hacer la ofrenda, por lo menos que me obedezca, que venga al tribunal y yo le entregaré la cantidad suficiente para que compre carne y me la traiga.

—Siento mucho el no poder complacerte; nosotros no podemos contribuir para que se adore á quien no reconocemos: mas para que veas que no se trata de ir contra tu voluntad, te participo que cualquiera cosa que ordenares para el bien público, los primeros en obedecer serán los cristianos; excepción hecha en dar culto á los ídolos, y en cuanto con ellos se relacione, en todo serás obedecido.

Visto que no adelantaba nada, le dije: En cuanto esté de mi parte, he de poner los medios para terminar este asunto sin menoscabo de tu autoridad y sin quebrantar las leyes de la Santa Iglesia.

Aquí me echó unas cuantas flores ponderando mi sabiduría, etc., flores que deseché humildemente echándomelas de ignorantón.

Tomamos el té, nos despedimos y me volví á la iglesia convencido, de que el pobre anciano había caído en las redes de los hambrientos tribunalistas que, viéndose privados de un gran festín, pusieron el grito en las nubes; el Mandarín, ignorando nuestras leyes, los escuchó, y como no podía volverse atrás sin tirar la cara, cosa que en China se estima en gran manera, insistió y rogó hasta el extremo que se ha visto de que se comprometía á pagar de su bolsillo la ofrenda.

Por esto y para evitar una persecución, si no abierta por lo menos á la sordina, puse los medios para arreglarlo; llamé á las cuatro familias paganas, les dije lo que pasaba, y como nuestras leyes no nos permitían hacer eso, que para el bien de todos podían hacer lo si-

guiente: ellos, los paganos, si querían, presentar la ofrenda, y el cristiano contribuir al sustento de las escuelas europeas y del jefe de policías; convinieron y se dió parte al Mandarín, avisando al mismo tiempo que el día veinte de la luna se comprometía el cristiano á dar la carne suficiente para un convite, por lo tanto, esperaba que un tribunalista se presentara á recibirla.

El Mandarín dió las gracias y rehusó el convite, pero los esbirros aceptaron con mil amores.

Por de contado se callan los cabildeos y lo mucho que hubo que hablar hasta avenirse á lo acordado, y que el peso de las conversaciones las sostuvo el maestro, quien una vez, no sé si adrede, se dejó decir—con no poco escándalo de los circunstantes—que Kuantia era un diablo, proposición que fué escuchada con risas; pero uno le dijo que ¿cómo se atrevía á llamar diablo á quien los ilustrados llaman inmortal? el maestro les mostró, con cuantas razones pudo, que si no era el diablo en persona, era por lo menos su esclavo; á esto solo contestaron con una sonrisa, prueba clara de la indiferencia con que adoran sus ídolos.



PANAMÁ (AMÉRICA)

Nuestro benemérito colaborador el celoso misionero de los karibes, Rdo. P. Leonardo Gassó, S. J., nos comunica la triste nueva del fallecimiento del ilustrísimo señor Obispo del Panamá, R. P. Francisco Javier Junguito, de la Compañía de Jesús, padre y protector de aquella floreciente Misión. El santo Prelado entregó

su alma á Dios el día 21 del próximo pasado Octubre, después de recibir con singular fervor los Santos Sacramentos, cumpliendo en él y con mano pródiga el Sagrado Corazón sus promesas. Ha muerto al pie del cañón, pues á sus setenta años y con cuatro enfermedades, un mes antes de su muerte fué, acompañado del P. Gassó, á practicar la Visita pastoral á las Misiones de los indios, la cual, como es fácil comprender, resultó por la falta de vías de comunicación doblemente penosa. Al regresar de la Visita entraron el Prelado y dicho misionero en Ejercicios. Al quinto día sintióse indispuerto, y el sexto entregó su alma á Dios, asistido hasta el postrer suspiro por el P. Gassó. Descanse en paz el dignísimo Prelado que tanto amó y protegió las Misiones de los indios, y que los múltiples karibes que á su generosidad y abnegación deben la gloria del cielo le tejen en ella resplandeciente aureola.

NOTICIAS VARIAS

Rusia

La persecución religiosa.—El número siempre creciente de conversiones al Catolicismo en Rusia, está preocupando seriamente al Santo Sínodo y á los obispos y sacerdotes de la Iglesia greco-rusa. La noticia de que la secta llamada de los Hermanos del rito antiguo está para unirse á la Iglesia romana, ha producido honda impresión, y la prensa cismática ha comenzado una violenta campaña contra la propaganda católica. Varias iglesias han sido clausuradas, un gran número de sacerdotes y religiosos suspendidos ó expulsados, y algunos monasterios, entre ellos uno de Carmelitas en Moscú, denunciados á las autoridades.

Croacia (Austria-Hungría)

Estado floreciente de la Orden franciscana.—El próximo año 1912, se cumplirá el séptimo centenario de la ida á las tierras croatas de los primeros discípulos de San Francisco. La Croacia, país meridional del imperio austriaco, y que por la división política está constituida en cuatro provincias, forma una sola nación, rama separada del gran árbol Slavo. Puede decirse que este pueblo es herencia del Santo Francisco, porque su historia va estrechamente unida á la historia de la Orden franciscana. Ya San Francisco envió algunos compañeros suyos, que para los croatas fueron sus padres y más cariñosos hermanos. Desdichadamente, como á España, le cupo la suerte de estar sometida por varios siglos á los mahometanos, y entonces los Franciscanos, vestidos á la turca, consolaron á este pueblo fiel, defendiendo la fe y la nacionalidad de sus ovejas. Convertidos otras veces en valerosos soldados, combatían espada en mano á los muslines, hasta arrojarlos de su patrio suelo, como en 1698 hizo Fr. Lucas Ibrisi-movié, soldado y guardián del convento de Pózega. Por todo eso los croatas amaron tanto á los hijos del Serafín de Asís, llamando por antonomasia la «Orden croata» á su Orden, y á los Religiosos sus «hermanos» y «tíos.»

Entre los croatas existen muchas Ordenes religiosas, pero casi todas pertenecientes á la familia franciscana. Los Franciscanos tienen cinco provincias: los Conventuales una provincia con cinco conventos en Dalmacia, y los Padres Capuchinos también cinco Comunidades en una sola provincia. Además, los Terciarios regulares poseen diez conventos, pros-

perando todos ellos de modo maravilloso y extraordinario. Las leyes civiles respetan las Congregaciones, y continuamente ingresan nuevos postulantes, que con creces reemplazan á los que mueren, teniéndose por seguro que antes de veinte años doblará el número de Religiosos en Hercegovina y en Croacia.

China

Efectos de la fotografía.—El caso que voy á contar es viejo, pues acaeció hace ya á lo menos once años; para mí ha sido nuevo, pues nunca lo había oído: lo mismo será seguramente para Vds. Me lo ha contado mi señor Obispo, que es á quien le sucedió.

En la ciudad de Tchou-tse, de esta Provincia de Shensi, había un mandarín muy enemigo de los cristianos. Cuantas causas los cristianos llevaron al tribunal, las perdían aunque la razón estuviese evidentemente por ellos.

Nuestro actual Obispo, entonces misionero de aquel lugar, tuvo hartito que sufrir á causa de dicho mandarín, pues se veía imposibilitado de hacer nada por sus queridos cristianos, oprimidos continuamente por los paganos. Quiso repetidas veces visitar la autoridad, y ésta se negaba á recibirle alegando fútiles pretextos, ó si lo recibía dábale buenas palabras y prometía cuanto se le pedía, para luego obrar en todo y por todo contra los deseos del misionero. Dios inspiró al misionero una buena manera de atraerse al mandarín y ganar su corazón.

El caso fué que el P. Mauricio tenía un aparato fotográfico, 9 por 12, y aficiones artísticas. Un día quiso obtener una prueba fotográfica de una pagoda imperial existente en la ciudad, y si bien podía entrar en ella cuando le agradase, puesto que sus puertas estaban siempre abiertas de par en par y para nada necesitaba obtener previa licencia, envió no obstante al tribunal uno de sus cristianos, de los más parlanchines, con la misión de exponer al mandarín su deseo de obtener una fotografía de la magnífica pagoda. Antes instruyó al cristiano para que en el tribunal ponderase las excelencias del arte fotográfico y la exactitud con que su misionero obtenía imágenes y panoramas.

El cristiano estudió bien la lección que acerca de la fotografía le diera el misionero, y muy bien desempeñó su cometido; pues es el caso que al día siguiente se presentaba en la iglesia un bien portado joven del tribunal, preguntando si el Padre tendría inconveniente en retratar á su amo mandarín. Era precisamente lo que deseaba el P. Mauricio, el cual contestó que con mucho gusto lo haría y que el señor mandarín viniese á la iglesia cuando quisiera. Como hasta entonces no tenían sacerdote y mandarín relación alguna que no fuese de la más viva oposición, no pareció bien al mandarín humillarse á visitar al sacerdote, por lo que le rogó que fuese al tribunal, alegando para no salir él de casa ocupaciones importantes de su oficio. Accedió el Padre, y fuese al tribunal con su aparato fotográfico bien preparado para dispararlo á troche y moche. Entusiasmado el mandarín al ver el retrato de su arrogante figura, vino á la iglesia para dar las gracias al Padre y al mismo tiempo rogarle que volviera al tribunal, pues su esposa, concubinas é hijos querían todos ser también retratados.

Comprenderá, mi buen lector, la satisfacción del misionero en esta ocasión, pues veía que las cosas iban tomando otro aspecto. En la segunda visita fué introducido el Padre Mauricio hasta las habitaciones secretas de la casa, lo cual es rarísimo en China, y fué invitado á la mesa, tomando asiento en ella cual si se tratase de un miembro de la fami-

lia. Y ya tenemos al misionero considerado y estimado como uno de los mayores amigos de aquel pobre mandarín. Tan amigo, que arriesgando por entonces la persecución de los Boxers, el mandarín prometió al Padre defender su vida contra todo peligro, y no sólo su vida, sino la de aquellos que él llamase á su lado, que habían de ser el Obispo y misioneros; buena prueba de la sinceridad de tales promesas era que cada día le manifestaba el curso de los sucesos, y fué el Padre Mauricio el primero que supo el decreto privado comunicado á los mandarines por el entonces gobernador del Shensi, ordenando á todos defendieran las vidas de los sacerdotes católicos é impidieran toda sublevación de ánimos contra los cristianos.

En fin, tan amigos fueron misionero y mandarín, que como prueba puedo citar el caso de que viéndose obligado el P. Mauricio á volver temporalmente á su patria por disposición de los superiores para una difícil cuanto ingrata misión, el buen mandarín lo sintió en el alma, é hizo que el Padre escribiese varios sobres con caracteres europeos á fin de mantener con él constante correspondencia. Por último, que habiendo fallecido el mandarín durante la ausencia del misionero, aún se acordó de éste á la hora de su muerte, pues en testamento le legó varios armarios y otros objetos que aún se conservan en esta residencia de Tun-yuan-fang. Todo el que visita mi celda puede ver un hermoso cuadro con caracteres chinos de exquisita elegancia, que ha llegado á mis manos por arte de no sé qué, ofrecido también á nuestro actual señor Obispo, Rmo. Dr. Fr. Gabriel Maurice, por dicho mandarín.

Seguramente que no hay uno solo entre los lectores que se haya imaginado nunca que una fotografía podía llegar á producir tan consoladores efectos. He aquí un caso que se lo demuestra palmariamente. ¡Cuántos parecidos pudiéramos añadir nosotros al que acabamos de relatar!

FR. JOSÉ M.^a IRUARRIZAGA, O. F. M.

Africa

MISIONES católicas y Misiones protestantes.—De una bien pensada Crónica de Roma que publicó el *Diario de Barcelona*, copiamos los siguientes párrafos:

En tanto que los sucesos políticos de Africa absorben la atención pública, nuestros católicos se preguntan cuál será la influencia que tales hechos puedan ejercer en el movimiento religioso en el continente negro. Empecemos por el Mediterráneo y Marruecos.

Es cierto que el resultado de las negociaciones entre las potencias que firmaron el acta de Algeciras podrá variar en los detalles, pero en el fondo será realmente tal, que Europa en general y Francia en particular tendrán la puerta mucho más abierta que hasta hoy.

En consecuencia, el Cristianismo puede esperar días mejores en aquel Occidente musulmán, fortaleza de confín que se halla en posesión de feroces islamitas, en los cuales es secular el odio antieuropeo. Para la Iglesia católica, Marruecos constituye un Vicariato apostólico confiado, como es sabido, á nuestros valerosos franciscanos. Es de desear que el Gobierno francés no quiera acentuar el «laicismo» allí también y poner obstáculos á los misioneros españoles bajo pretextos políticos. Esperemos, además, que la aventura anticlerical de Canalejas y la actitud amenazadora de la francmasonería española no cause daños de importancia á dichos misioneros.

Por otra parte, Alemania querrá conservar su *pied-à-terre* en Agadir, como también querrá mantenerlo en cuanto á las Misiones protestantes en Marruecos. En la Tripolitania, las

Misiones católicas tendrán un porvenir mejor, aunque nuestros judíos y francmasones procurarán introducir algún madero entre las ruedas, siquiera con el pretexto de no «provocar» á los árabes, pretexto que no usarán contra las Misiones protestantes, que no dejarán de trabajar activamente en Tripolitania y en Cirenaica.

La cesión á Alemania de una parte del Africa francesa habrá de favorecer también, como se comprende, á las Misiones protestantes en aquellas regiones.

Debe estimarse como muy posible el hecho de que pasen las colonias africanas de Portugal al dominio de Inglaterra y Alemania, y esto tendría la misma natural consecuencia de favorecer á las Misiones protestantes, si bien salvando á las católicas de las brutalidades del Gobierno sectario de Lisboa.

En conclusión: hay que prever alguna mejora para las Misiones católicas en Marruecos y en la Tripolitania-Cirenaica, así como una mejora segura para las Misiones protestantes en todos aquellos países africanos en que cambie el dueño ó protector. Por esto hay que hacer votos para que la generosidad de los católicos acuda en auxilio de nuestras Misiones africanas, que cada vez tendrán más necesidad de apoyo.

Siempre desde el punto de vista religioso, hay que advertir todavía que los acontecimientos en Marruecos y en Tripolitania-Cirenaica serán naturalmente funestos para el Islam africano, que es el más fanático.

El Africa es para el buen islamita el país ideal en que hay que someterse al Corán á golpes de cimitarra; un país en donde los hombres y las cosas son materia de saqueo ó de matanza. El dominio europeo en el centro del Africa mediterránea acabará con la trata de esclavos, puesta en práctica por Turquía, y con otros reprobables hechos. Por consiguiente, se puede esperar una gran explosión de odio islamita contra los europeos. No hay que olvidar que el Africa es para el Islam una inmensa caponera, no sólo religioso, sino también económica.

El tipo de este islamismo árabe-africano nos lo ofrece la poderosa secta de los senusos, que tienen su centro en el interior tripolitano, pero que se extienden hasta el Mar Rojo y aún hasta los dos Océanos. Como es sabido, constituyen una gran organización religiosa y comercial, tan fanática por el Corán como ávida y sin escrúpulos para el comercio; y se conoce perfectamente el amplio sentido que se da á la palabra «comercio» en territorio islámico.

El Gobierno turco entregó á esas gentes el servicio de policía en los caminos que recorren las caravanas, y en compensación les eximió de los impuestos, que, por lo demás, no hubieran pagado nunca. Con esto el Gobierno se libraba de tener á su cargo aquella policía, que no habría podido implantar ni hacer funcionar seriamente, en tanto que con su acuerdo quedaba confiada á hombres no menos escrupulosos que los de la secta.

La ocupación italiana de la Tripolitania-Cirenaica y la relativa protección europea en Marruecos causarán daño á todos esos... comercios islamísticos y al Islam en general. Por ello hay que esperar del islamismo árabe-africano una fiera resistencia ó una fiera venganza.—G. G.

Kasai (Congo Belga)

Las víctimas de la enfermedad del sueño.—En distintas ocasiones han aparecido en nuestra Revista razonados artículos acerca del origen más plausible y del tratamiento más reconocido de esta espantosa enfermedad, que tan fieramente se ceba en la por tantos conceptos infeliz raza negra, que des-

aparece de pueblos y comarcas víctima de este azote, tanto ó más temible que la peste misma.

Hoy nos limitamos á presentar en reducido cuadro todo el cúmulo de horrores que acompañan á tan terrible dolencia. Los ha observado en el Alto Kasai (Congo Belga) el P. Gabier, Prefecto Apostólico de aquel distrito, uno de los más visitados por la enfermedad del sueño, ante la cual se estrellan todos los planes humanitarios de Bélgica y de las solícitas Hermanas de la Caridad, de Gante.

Los atacados, con el fin de echar de sí el frío que se apodera de sus cuerpos, al aparecer los primeros rayos solares, si su estado de fuerza se lo permite todavía, se arrastran penosamente hasta ponerse bajo el saludable influjo del astro, que vuelve gérmenes de vitalidad á su organismo con el calor que despide: mas al poco rato el sopor letárgico invade aquellos seres desgraciados, cayendo unos de espaldas, los otros de bruces, éstos de lado, aquéllos sentados y todos desplómense lastimosamente sin lanzar un gemido; y á no ser por la solícita vigilancia de las Hermanas, aquellos infelices morirían de insolación como no fueran recogidos prontamente y sustraídos á los ardores solares.

Los más débiles buscan el calor del sol con mayores ansias aún; mas no teniendo señorío sobre sus miembros, faltos de equilibrio, cáense á los pocos pasos, de modo que las chozas á veces no pueden abrirse, y menos los lazaretos, por haberse hacinado detrás de la puerta, en confuso montón, los cuerpos de varios enfermos, lanzando los oprimidos lastimeros ayes de su boca y de su pecho interrumpidos gemidos.

Por lo general, el aspecto de estos dolientes es sumamente triste y repulsivo: verdaderos esqueletos vivos, no ofrece su cuerpo más que la piel y los huesos, los ojos vidriosos y desencajados, las narices afiladas, los labios abrasados por la fiebre y la boca nauseabunda manando á hilos una saliva amarillenta que mancha sus carnes, en las cuales se ceban las hormigas y ratones, sin que el paciente, que conserva pleno conocimiento, sintiendo por tanto agudos dolores, sea capaz de alejarlos de sí, no teniendo más defensa que los impotentes y continuos movimientos convulsivos del cuerpo.

Este estertor agónico dura largo tiempo, acentuándose cada vez más los dolores y señales de la muerte, llegando en la última etapa á arquearse completamente el cuerpo, efecto de doblarse hacia atrás la espina dorsal.

En otros enfermos, pocos en número, produce la enfermedad del sueño ataques de locura rabiosa, siendo preciso encadenarlos á fin de que no se ensañen contra sí ni contra sus compañeros, á algunos de los cuales han roto, á veces, la cabeza, mutilado el cuerpo y hasta comido sus carnes.

Ha extender sobre este negro cuadro un rayo de esperanza (que quiera Dios no se extinga como tantos otros vencido por la fuerza de la enfermedad) viene la siguiente noticia, que copiamos de nuestro querido colega *La Guinea Española*, revista que en Fernando Póo publican los beneméritos Hijos del P. Claret, Misioneros del Corazón de María.

«Un español, Director de uno de los establecimientos benéficos que el Estado tiene en el Golfo de Guinea, el cual tiene hechos estudios teóricos de la enfermedad del sueño, viene desde mediados del mes de Junio realizando experiencias en un enfermo atacado de esta dolencia en el continente, habiendo obtenido un resultado muy halagüeño. Espera poderlo verificar en otros varios enfermos con el fin de, si obtiene el mismo resultado, dar á conocer su procedimiento. Es claro que un caso no es suficiente para confirmar el éxito de un tratamiento, sino que se necesitan varios casos prácticos para su comprobación.

«En el caso de que se trata, el paciente llevaba cuatro meses

de enfermedad. Mucho celebraremos, para bien de la humanidad y gloria de España, que los estudios y experiencia del inteligente doctor tengan feliz resultado.»

Medellín (Colombia)

Un prodigio del Santo Escapulario.—Copiamos la siguiente carta del último número de *El Monte Carmelo*, importante revista dirigida por los Padres Carmelitas Descalzos.

«El que suscribe, Alcalde Municipal de Medellín, certifica y está pronto á jurar lo siguiente:

«Que el lunes, 17 de Julio último, fuí atacado en mi oficina, á mansalva y sobre seguro, por un empleado subalterno á quien por improbidad removí de su puesto; que el ataque para mí imprevisto, fué presenciado por varios testigos, y se llevó á efecto con un cuchillo de carnicero bien afilado, con el cual se me tiró la primera cuchillada por el frente de adelante hacia atrás y en la región pectoral del lado derecho, habiendo perforado el arma únicamente el saco que usaba, sin romper el chaleco ni la camisa, habiéndose roto en dos partes el cuchillo de un modo providencial, sin herir ni maltratar mi cuerpo. Al ponerme en pie cayó el pedazo de cuchillo roto, y el agresor repitió dos veces el golpe sin hacerme daño, quedando sólo marcados y no cortados, el chaleco que llevaba y el escapulario del Carmen, que siempre visto y que ocupaba á la sazón el sitio donde el cuchillo señaló. Para mí es indudable, y así lo reconozco agradecido, que tal escapulario fué mi única égida para salvar la vida en esa fecha, pues yo estaba sentado escribiendo, ocupaba una silla sin respaldo, no veía al agresor, y el arma del ataque es demasiado larga y afilada para haberme producido una muerte instantánea, dado el impulso con que se me tiró, suficiente para romper el arma de acero que usó el agresor. Como toda mi familia hemos tenido siempre especial devoción por la santa Cofradía del Carmelo y vestido su escapulario, aseguro con toda certidumbre que mi salvación en ese trance no se debe á causa natural ninguna, pues yo no tenía á la sazón cartera, billetera, medallas ni cuerpo alguno duro que pudiera producir el rompimiento del cuchillo. Así lo certifico.—*Agapito Belancur.*»

Muenster (Canadá)

NUEVA Abadía.—Ha sido erigido en Abadía el Priorato de San Pedro de Muenster, sito en el Vicariato Apostólico de Saskatchewan (Canadá) y perteneciente á la Congregación benedictina «Americano Casinense.» Fué fundado en 1903 y es el primer Monasterio de benedictinos de hábito negro que hay en el Canadá, donde los Trapenses tienen cinco casas de monjes y tres de monjas, con más de 150 individuos. La nueva Abadía, según la última estadística, tiene once Padres, dos jóvenes clérigos y dos Hermanos Conversos. Corren á su cargo diez Misiones con 2,500 almas, y además hace siete años que publican el semanario *St. Petersbote*. El nuevo Abad es el P. D. Bruno Doerfler, monje de Collegeville (E. U.).

Mendoza (Argentina)

SOLEMNE coronación de la Virgen del Carmen.—El reverendo P. Fr. Bonifacio de la Sagrada Familia, C. D., escribe:

«Invitado reiteradamente por el Excmo. Sr. Arzobispo de Buenos Aires y por la Junta directiva de las fiestas cívico-religiosas, que con motivo de la coronación pontificia de nuestra Madre Santísima del Carmen se celebraban en Mendoza, monté en el tren especial de la Compañía del Pacífico, donde iban también el señor Arzobispo, varios Obispos y mu-

chos distinguidos peregrinos. Las veintisiete horas largas del tren se me hicieron menos aburridas por la amena conversación de un simpático joven militar, de corazón noble, que iba en el mismo camarote.

«Al atravesar los campos desolados de la provincia de San Luis, sembrados de arena, espinos y enanos arbustos, me venía á la memoria la maldición de Dios á nuestro primer padre: *Spinis et tribulos germinabit tibi*. Al entrar en los límites de la provincia de Mendoza, se advierte el esfuerzo del hombre que va transformando la tierra por medio de canales de riego, hasta que á pocas leguas de la capital la convierte en un paraíso de verdes praderas, árboles frutales y hermosos viñedos. El cielo es de purísimo azul, y sólo á lo largo de la Cordillera Andina que cierra el horizonte, se ve una faja de nubes guardando cariñosamente sus cumbres nevadas para que el sol no llegue á manchar su blancura inmaculada.

«Fuimos recibidos en Mendoza con músicas, cohetes y vivas á la Virgen del Carmen y á los peregrinos. El día 8 de Septiembre, que era el señalado para la coronación, amaneció espléndido: una mañana primaveral de ambiente tibio; un frescor agradable que nos enviaban las últimas nieves de la próxima sierra, nos hacía respirar profundamente para beber á grandes sorbos aquellas purísimas emanaciones que saneaban el pulmón, dando á todo el cuerpo una sensación de bienestar indefinible é impulsándonos á bendecir á Dios que ha formado esas montañas altas, amigas de la salud del alma y del cuerpo.

«A las nueve salió de la iglesia de San Francisco la imagen de nuestra Madre y Señora la Virgen del Carmen en solemne procesión, recorriendo las principales calles, adornadas de banderas y de arcos triunfales con tiernas inscripciones alusivas á la Virgen. Las tropas de Infantería, de Artillería, de Caballería y del Cuerpo de Bomberos, cubrían todo el trayecto hasta la plaza de la Independencia, que era el lugar designado para la coronación. La corona de oro y de piedras preciosas, era llevada sobre una almohadilla de gran valor por dos hijos de la Virgen del Carmen con sus capas blancas. Dos coros de niños y de niñas, simbolizando las doce estrellas y las letanías, amén de ocho pajes vestidos de blanco y azul, custodiaban la corona. El R. P. Andrés y yo tuvimos la grande honra y satisfacción de llevar la corona de nuestra dulcísima Madre y Reina, mientras le pedíamos con fervor que ella con su poderosa intercesión nos deparase otra mejor en el cielo.

«Llegamos á la gran plaza en medio de la cual se alzaba una magnífica rotonda de dos cuerpos y pisos con una alta cúpula; en el lugar culminante de su centro se colocó la imagen de la Virgen del Carmen con la bandera argentina, como generalísima del ejército de los Andes, compuesto de argentinos y chilenos, título solemnemente otorgado á esa misma imagen por el general D. José de San Martín en 1817; la Virgen tenía en su mano derecha el mismo bastón de mando que el citado General argentino le regalara.

«Allí estaba, pues, nuestra queridísima Madre y Señora, dominando todo aquel oleaje de gente, cuyo número, según los diarios, alcanzaba la cifra de cuarenta mil.

«Imposible describir el momento solemne y grandioso de colocar la corona sobre la cabeza de la Virgen. Hallábame yo á los pies de la Reina del Carmelo y en las mismas gradas del altar levantado sobre el domo y pude presenciar el sublime espectáculo en toda su imponente grandiosidad. El señor Arzobispo se acercó á la sagrada imagen con la corona en la mano, y veintidós cañonazos anunciaron al pueblo el momento solemne de la coronación; al mismo tiempo repica-

ban las campanas de todas las iglesias y las bandas de música colocadas alrededor tocaron el himno argentino. Entonces un «Viva la Virgen del Carmen» salido de cuarenta mil pechos, electrizados por el entusiasmo, llenó el espacio durante



MOGOLIA.—EL ACTUAL BUDA DE WANG NGAI-TCHAO Y SU ACOMPAÑAMIENTO.— Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Kervyn. (Pág. 255).

mucho tiempo, haciendo brotar abundantes lágrimas de ternura á muchos y causando profunda emoción en todos.

«No es mi intento detallar las grandes funciones, Misas pontificales, sermones, conferencias y discursos de Obispos, de sacerdotes y seglares, de ministros y gobernadores militares y civiles habidos con motivo de este memorable acontecimiento, que ha tenido el privilegio de ocupar durante muchos días las columnas de los periódicos de todos los matices; pero no puedo pasar en silencio el grandioso discurso de Monseñor Jara, obispo de la Serena, en Chile, amante como pocos de la Virgen del Carmen y de sus hijos. Era el domingo por la tarde, cuando se llevó en procesión la Virgen coronada á la plaza donde se levanta la estatua del general San Martín. Colocada la imagen entre las banderas chilena y argentina, frente á la estatua del General, apareció sobre el palco allí levantado la majestuosa figura del elocuentísimo Obispo chileno, bien conocido en España y en la Argentina. Su presencia fué saludada por un prolongado aplauso de la muchedumbre que estaba ansiosa de escuchar su palabra potente de elocuencia avasalladora. Cada párrafo era interrumpido por frenéticos aplausos. Sólo diré que allí derramó toda la ternura y todo el amor filial que atesora en su noble y grande corazón el terciario carmelita hacia la Madre del Carmelo, á quien, dijo, se debía levantar como deuda de justicia un gran monumento en aquella misma ciudad con una columna altísima y sobre ella la Reina del Carmelo, bendiciendo y protegiendo bajo su manto blanco á las dos naciones hermanas, Chile y Argentina. Concluido el discurso, se tocó el himno chileno entre vivas al señor Obispo y á Chile, que eran contestados por él con vivas á la Argentina.»

Embarque de Misioneros

El domingo 1.º de Noviembre embarcaron en Cádiz, á bordo del «Martín Saez», con rumbo á Santo Domingo, los misioneros Capuchinos Rdos. PP. Francisco de Castro del Río y Bernardino de Conil y el Hermano Fr. Modesto de Hongoz.

LA POLIGAMIA EN GUINEA

Tráfico indigno.—Una mujer puesta á pública subasta.—Los dos postores.—Pobre Cecilia!—Terribles consecuencias.—Urge el remedio



CUALQUIERA que haya viajado algo por las playas de nuestra Guinea continental, no habrá podido menos de ver grandes caravanas de mujeres cargadas de machetes, ollas, telas, baúles y otras mil baratijas. Y si ha penetrado algunas horas dentro del continente, habrá visto más de una vez montones de barriles de pólvora, grandes depósitos de escopetas, lanzas y sables, como si se tratara de ejército aguerrido que cansado de la lucha hubiese acampado en aquellas selvas.

¿Qué es esto? se pregunta uno á vista de semejantes cuadros. ¿De dónde proceden y á dónde se transportan esas mercancías?... ¿Por ventura esa pólvora es de alguna fuerte Compañía que se propone abrir carretera real desde Río Campo hasta las orillas del caudaloso Muní, y favorecer así el comercio de nuestros productos tropicales?... Nada de eso: son artículos quizás de un octogenario pamue que trata de comprar una niña de doce años, para engancharla á las quince ó veinte hembras que ya posee.

Y esas caravanas de mujeres llevan los efectos, importe de la desgraciada hija de aquel padre que se vió precisado á venderla al de las quince hembras para procurarse él mismo otra mujer que le cocine y consuele en la vejez.

A esto y nada más se reduce todo el tráfico comercial de los indígenas de nuestros territorios continentales del Golfo de Guinea. Si se destrozan los bosques para la venta de sus ricas maderas, si se explotan con avidez las lianas cauchíferas, si se arrancan valiosos colmillos al elefante y se arriesga la vida por la piel de un tigre ó pantera... todo es con el único fin de comprarse el mayor número posible de mujeres.

A casi nadie se le ha ocurrido hasta hoy abrir una gran plantación de cacao, café, caucho ú otros productos; y si alguno intentara tal cosa, le tendrían por demente ó loco rematado, como luego diremos.

Desde principios de este año, podemos decir, que está puesta como á pública subasta una mujer pamue de Río Benito, por cuya adquisición están luchando sin descanso dos importantes jefes de las tribus pamue y bujeba respectivamente.

Ambas tribus, desde Bata hasta el Muní, están esperando con grande interés el resultado final de la subasta ó cierre solemne de la misma; y en todos los pueblos no se habla en la actualidad más que de la tal mujer y de sus dos pretendientes.

El jefe pamue lleva pagados hasta hoy los efectos siguientes:

Machetes.	1,000
Pólvora (barriles). . .	100
Escopetas.	12
Garrafontes.	10
Sal (sacos de).. . . .	6

La cuenta del jefe bujeba es algo más variada y supe-
ra á la anterior, es así:

Machetes.	500
Pólvora (barriles de). .	130
Escopetas.	12
Paños de vestir.	190
Ollas.	30
Sal (sacos de).. . . .	10
Baúles.	50
Tabaco (kgs.).. . . .	5
Palanganas.	10
Petróleo (latas de). . .	3
Quinqués.	2
Garrafontes.	10
Abalorios (saquitos de)..	30

Todavía sigue abierta la subasta, y según parece, el padre de la muchacha no trata de cerrarla por ahora; aunque todos se inclinan por la parte del bujeba, que es el que ha dado más hasta la fecha.

Cuadros como éste podríamos pintar á docenas; pero para muestra basta un botón, como dicen en tierra de Castilla; y pasemos á decir algo de la pobre Cecilia.

Es ésta una niña de dos años, sin madre desde hace cuatro meses, la cual fué arrebatada de este mundo por la implacable enfermedad del sueño.

El padre de la niña, tan pronto se vió sin mujer, trató de hacerse con mercancías para comprar otra; y al mes del fallecimiento de su esposa se fué al bosque á cortar tozas, habiendo dejado la pequeña Cecilia en casa de unos parientes de Cabo San Juan.

La niña, á quien su infeliz padre había colgado de la cintura algunos cascabeles como aderezos de novia, venía con frecuencia solita á las puertas de la Misión, en donde siempre recibía alguna golosina, y luego se volvía á sus juegos infantiles, sonriéndola siempre los Angeles, sus más fieles amiguitos.

Tres meses pasó cortando tozas el padre de Cecilia, con lo que pudo lograr varias ollas, paños y baúles, pero en tan corta cantidad, que al querer pagar una mujer pamue vió con sorpresa que no le llegaban sus efectos ni para comenzar.

¿Qué hacer, pues, en tan apurado lance?... ¿Irse otros tres meses á cortar maderas al bosque?... Sería demasiado trabajo para un indígena, y con todo no tendría bastante ni para la mitad del pago.

El pobre hombre, deseoso de estar bien con la Misión, consulta al Padre Misionero si podrá vender su hija; se le contesta mil veces que no lo puede hacer, por ser la niña católica. De pronto parece que se conforma con el criterio del misionero, y hasta llega á quitar á la pobre Cecilia los cascabeles, cambiándolos por hermoso vestidito que le regala la Misión.

Desgraciadamente no tardan en llegar falsos consejeros que le dicen debe seguir las costumbres del país, so pena de ser toda su vida un desgraciado; y el pobre

hombre, acobardado por las amenazas de sus paisanos, comienza á ceder poco á poco, hasta que al fin toma su hija sobre sus hombros, y á espaldas de la Misión la lleva á vender á un polígamo, volviéndose luego á casa tan fresco como si volviera de vender tierna cabritilla destinada al matadero público.

¡Pobre Cecilia! pasados unos pocos años la hubiéramos puesto en el colegio de Religiosas de Corisco, en donde hubiera aprendido perfectamente las labores y buenas costumbres de una mujer cristiana, y ahora está vendida á un amo cruel, á quien, mal que le pese, ha de servir como esclava y como mula de carga hasta morir, víctima quizás de malos tratos.

Triste, muy triste es la condición de la mujer y de la mayor parte de los jóvenes en nuestros territorios españoles del Golfo de Guinea; y las consecuencias de tan bárbaras costumbres son por demás horripilantes.

Cuando la niña crece y se da cuenta de su triste situación, maldice su suerte, á su poseedor y al padre que la vendió; huye á la casa de sus padres, y éstos la obligan á volver de nuevo con su marido ó como se le quiera llamar; vuelve á escaparse una y muchas veces, y siempre es devuelta á su poseedor, mal que le pese.

Una joven, según cuenta un misionero francés, se ahorcó desesperada porque su padre quería obligarla á seguir á su marido á quien detestaba; otra se ahogó por el mismo motivo, y otra, por fin, ¡horror causa el decirlo! después de haberse evadido seis veces, y otras tantas haberla restituido su padre, ¡el marido la puso en cruz, atándole pies y manos, y le cortó las orejas, la nariz y los labios!

Todas estas infelices mujeres son esclavas, y su marido las vende cuando no le gustan ó desea procurarse mercancías. Las costumbres confieren al pamue el derecho de vida y muerte sobre su mujer.

Mientras no se tomen medidas severas contra tamañas salvajadas, no tiene que esperar España nada bueno de estos sus territorios continentales.

Porque... ¿qué sacan nuestros jóvenes católicos con abrir fincas de café, cacao ú otros productos, si cuando están en el mayor fervor del trabajo se les acerca uno de esos polígamos, y le dice: «Ni en diez años te dará esa finca para comprar una de mis hijas?»

¿Cuándo un joven, algo instruido, podrá ahorrar *mil quinientas pesetas* que le ha de costar la mujer, por más que trabaje años y años en Fernando Póo ó en las oficinas del Gobierno, en donde son mejor retribuidos?

¿Y quién no ha visto más de una vez á esos viejos fanfarrones mofarse del moreno agricultor ó comerciante, por las crecidas contribuciones que ha de pagar, al paso que ellos campan por las suyas sin pagar un céntimo?...

Me consta que muchos jóvenes laboriosos han dejado caer el machete de sus manos y se han retraído del trabajo, por no sufrir tales befas de los viejos de su pueblo.

Urge, pues, pronto remedio á tamaños males; pero remedio eficaz que apriete las clavijas á unos, y conceda facilidades á otros tantos jóvenes como andan por estas playas hechos unos perdidos y desgraciados por no poder contraer honrado matrimonio, á causa del monopolio de las mujeres, ejercido por unos cuantos caciques polígamos.

LEÓN GARCÍA, C. M. F.

ESTADO ACTUAL DE LAS MISIONES DEL PERÚ

PREFECTURA DE SAN LEÓN DE AMAZONAS

El Prefecto Apostólico, R. P. Paulino Díaz, nos ha remitido una interesante relación hecha por el R. P. Laurentino Alvarez, de su visita á la tribu de los Ticunas, que con verdadero agrado damos á conocer á nuestros lectores:

Acabo de realizar mi proyecto de visitar la tribu de los Ticunas, y aliento la fundada esperanza de ver en breve realizados mis deseos de ver á estos indios hacer plato común con los Rahuas, para empezar así la animada fusión de las dos tribus de que le hablé en mi anterior.

Sólo una familia he podido visitar, por encontrarse las otras muy internadas por el bosque y bajo la férula de patronos que no conozco; y por eso, y porque no había medios para llegar más adelante, tuve precisión de regresar desde la única casa que pude visitar, y que se encuentra á tres días y medio de bajada por este río rahua, y á cinco por tierra.

Compónese esta familia de un hombre y cinco mujeres, aunque él, parece vivir solamente con una. Las cuatro restantes que se encuentran allí, pertenecieron á otros tantos varones, sus *maridos*, que, según se puede comprender, les arrebató la inhumanidad de algunos caucheros, llevándolos al Brasil.

Hasta el presente, viven sin patrón desde la muerte del que tenían (que fué asesinado), y si algo negocian, es con algunos que trabajan más abajo, los cuales saben robarles maravillosamente. Como yo no comprendo su idioma, ni tenía tampoco intérprete, no pude enterarme á satisfacción de todo lo que quisiera; pero por algunas palabras muy afines al tahua y quechua, ayudados de señas expresivas, fácil me fué venir en conocimiento de esto último; pues me mostraron un rollo de caucho, que calculé de dos arrobas, rollo que aún me hicieron ademán de querer aumentar, para pagar una camisa vieja, una cajita de fósforos y media onza de chaquira.

Me causó esto tanta lástima, como gozo les produjo la indicación que les hice de un patrón que les pagará más y les tratará mejor.

Indicáronme que querían una escopeta, para comprar la cual iban á ir todos, hombres y mujeres, á trabajar caucho: y no fué pequeña su admiración al ver que cogí yo una bala que allí tenían, para decirles que era suficiente paga por una escopeta. Prometiéronme subir á donde estamos para verificarlo, y salí de allí después de día y medio de estancia con ellos, durante los cuales tuvieron tiempo para examinarme á su

A la casa de ellos llegan á comprar plátanos y yuca algunos de los caucheros que trabajan cerca. Y si en cosas de menor monta los roban, no hay para qué decir lo que hacen con ellos respecto á esto.

No por lo frecuentes, dejan de ser tristes estas cosas; antes son más tristes cuanto más frecuentes. Pero si bien se considera, en el caso presente puede llegar eso á ser motivo de congratulación, porque escamados por las vejaciones de los de abajo, buscarán mejor libertad en el amparo de los de arriba, en el nuestro. Además, será una puerta que se abra para que otros sigan sus huellas, y á la vez que la Misión prospere, veremos que se dan un abrazo dos tribus distanciadas una de otra por sus costumbres, por sus supersticiones y por su idioma, al mismo tiempo que podremos poner en vías de ser pronto útiles á la patria, seres igualmente degradados y nocivos, porque nocivo es, cuando se trata de ciertos problemas, todo aquello que no reporta bien alguno á la causa común.

Esto debían pensarlo también así todos aquellos que, si bien no les importa un ardite por la religión, tienen la boca abierta para hacer gala de patriotismo, aunque éste no puede darse sin aquéello. Pero bien sabemos todos lo qué significan estas baladronadas. Son muy patriotas, sí, pero su patria es muy pequeña; se resume en un pedazo de terreno, donde con increíbles exacciones, se explota unas cuantas personas desgraciadas que parecen haber recibido como única herencia de sus mayores la triste humillación de vivir siempre bajo el despótico dominio del que todo lo sacrifica y ante nada se detiene, con tal de satisfacer su sórdida avaricia.

¿Hasta cuándo durará este estado de cosas? ¿Sería muy fácil producirlo, si para ello se contara con el apoyo decidido de los servidores de la patria. Y sin eso, habrá que esperar acechando al paulatino desmoronamiento de esa gran montaña, sin olvidarse ni cejar un instante de darle golpes más ó menos certeros, para que un rudo trabajo y una constancia de romanos, puedan llevarnos al laurel de la victoria. Dios así lo quiera, y su voluntad ha de ser nuestra divisa.

Desde la última carta que le escribí hasta la fecha no tengo otra cosa que registrar, fuera del próximo bautismo que conferiré á dos infieles rahuas, jóvenes los dos, y que querían empezar á hacer vida común. La oposición que á ello hice hasta tanto que se encontraran habilitados para hacerlo cristianamente, excitó no poco entusiasmo entre los demás, que no ven la hora de poder hacer lo mismo.

La muchacha, que por fortuna entiende algo de castellano, se encuentra ya casi habilitada para recibir el bautismo; pues ya conoce los misterios principales de la Religión, y sabe rezar algunas cosillas.

Por lo demás, el paso principal está dado; la dificultad magna la creo vencida; pero se presentan ahora otras que, si bien más fáciles de superar, no lo han de ser tanto como yo quisiera para la marcha rápida de la cultura religiosa y social de estos infelices. Además de la cortedad intelectual, proveniente en su mayor parte de la carencia absoluta de ilustración, tienen estos rahuas un idioma tan pobre, tienen tan pocas ideas, que va á ser un gran problema hacerles comprender algo, porque ellos de nada tienen noción. Solamente el brujo

no muere, según ellos; todos los demás vivirán por algún tiempo errantes por el monte, y después... ni ellos mismos convienen en lo que sucederá. De esta pobreza de ideas proviene la del lenguaje, que no tiene más palabras que las puramente necesarias para los menesteres de la vida material.

Pero todo esto se irá venciendo con la posible celeridad, mediante una escuela donde puedan y se obligue á concurrir, así á niños como á personas mayores, y en cuya escuela será necesario enseñarles nuestro idioma, puesto que en el suyo se hace casi totalmente imposible enseñarles nada en concreto; y ciertas ideas generales, son muy poco para que, siquiera medianamente, puedan irse haciendo cargo de la posición que ocupan, y de la que pueden y deben ocupar, así religiosa como civilmente considerados. Hoy se creen muy inferiores al «blanco»; le temen, y hasta le reconocen, en cierto modo, el derecho de explotarles.

Por eso lo primero que se impone es la inculcación de igualdad que con el «blanco» tienen respecto á la naturaleza; y la opción, por consiguiente, á ocupar los mismos puestos, á reclamar los mismos derechos y á vindicar las mismas libertades, dentro siempre del círculo de la ley y de la razón bien ordenada. Como esto es lo que exige la justicia, es indudable que ha de halagarles; no por lo que vean ellos de equitativo, pues dudo que puedan siquiera comprenderlo, sino por la utilidad material que les ha de reportar. Y esto será el primero y gran paso para hacerles entrar por las vías de la instrucción, á la que se manifiestan más reacios de lo que pudiera creerse. Todos quieren bautizarse, todos quieren ser cristianos; pero quieren que se les bautice sin más preámbulos, creyendo que basta el agua bautismal para ser ellos tanto como los civilizados.

Nada me admira esta actitud, porque es la única enseñanza práctica que han recibido de muchos (que sin duda se encuentran á la misma altura que ellos en ciencia cristiana), los cuales han bautizado á quienes han querido, y sabe Dios cómo. Porque de alguno sé que ha pasado su vida bautizando rahuas, sin preocuparse de más, y hasta hace bien poco tiempo, no sabía bautizar; de suerte que va á ser este un problema no muy fácil de solucionar, porque como han sido muchos los que se han metido á cristianizar, unos estarán bien y otros mal bautizados. La reiteración *sub conditione* se hace indispensable, pero como ni aún con esto se salva la situación, resulta que va á surgir un laberinto poco agradable.

No hace muchos días falleció aquí una anciana á quien pregunté si estaba bautizada, y me contestó afirmativamente. Le pregunto el nombre de su *bienhechor* espiritual, y me dice el nombre de un cauchero que no existía ya.

Excusado es decir que la pobre enferma no tenía noción de Dios, ni del alma, ni de vida futura, ni de nada que oliese á cristiano; pero en cambio sabía que era cristiana (?). Ya en sus últimos momentos, la hablé un poco más para hacerla comprender que había un Dios que la iba á premiar, y me responde muy serena:—¡Oh, sí! arriba está el brujo grande; pero allá sólo van los brujos, y yo no lo soy.



MOGOLIA.—MUJERES Y NIÑAS CRISTIANAS EN TRAJE DE VERANO.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Kervyn. (Pág. 255)

No quise oír esta respuesta, y continué explicándole como pude los premios y castigos de ultratumba.

A todas mis gestiones, me contesta con un «yo soy cristiana.»

—Eres cristiana, sí; pero yo te voy á hacer todavía más cristiana, y te voy á llevar á ver ese «Gran Brujo» en que tú crees, y donde verás y tendrás muchas cosas buenas.

—¿Qué me ha de dar? me replicó, no sé si con desconfianza ó por despecho.

Y como no era tiempo de hacerle comprender cosas mejores, le prometí que encontraría todo lo que ella quisiera.

Brillaron sus ojos al oír esto, una tenue sonrisa asomó á sus labios y se incorporó un poco para decirme: *Crystiana ra quantai huarianu*: quiero ser cristiana pronto.

La excité á pedir perdón al «Gran Brujo» (Dios), y la bauticé *sub conditione*; excitéla nuevamente, y le di la absolución pasando pronto á mejor vida.

Si no existiera tan perniciosa costumbre de bautizar sin ton ni son por los que ni deben (salvo raras excepciones), ni pueden, ni saben, se pudiera proceder con más seguridad para los infieles, y con más consolación y sin perplejidades para el misionero.

Y para que alguno se convenza más de la escasa instrucción y de la audacia de algunos *mamabidillas*,

recuerdo á este propósito dos casos, uno de ellos bien triste. Presentaron en Pevas un niño muerto en uno de los puertos del Amazonas. Mandaron aviso á la Casa-Misión, preguntando cuándo se le podría enterrar, y fuí á visitar el cadáver.

—¿Era cristiano este niño? pregunté.

—Sí, Padre, me respondió un hombre á quien yo conocía de antemano: es cristiano; yo le he bautizado.

—¿Y no podría saberse, le supliqué, cómo lo bautizó?

—Pues eso, cualquiera lo sabe; cogí un vaso con agua, hice la señal de la cruz, le derramé el agua sobre la cabeza, y dije: «Dios Omnipotente, de Nuestro Señor Jesucristo, te libre y te saque del peligro.» *Amén.*

Y este niño padeció larga enfermedad, pero como estaba *bautizado*, no fué preciso avisar al Padre.

Otro me presentaron para que aplicara en él las ceremonias de la Iglesia, y á quien, según confesión pública del mismo *ministro* que le dispensó el Sacramento, se le derramó el agua con un *Credo* antes, y tres *Pater noster* después.

Así hay muchos *cristianos*, y no son pocos de entre estos rahuas que se dicen tales; pero vaya V. á discernir los que lo son de los que no lo son. *Deus providebit*, diremos con Abrahán.

FR. FLORENTINO ALVAREZ.

COLOMBIA

ESTADO ACTUAL DE LAS MISIONES CATÓLICAS EN LA PREFECTURA DEL CHOCÓ

Del informe oficial que el Rdm. P. Prefecto Apostólico del Chocó dirige al excelentísimo señor Delegado apostólico de Colombia, del que hemos tenido el gusto de recibir un ejemplar, que sinceramente agradecemos, copiamos los siguientes párrafos que explican lo mucho que han hecho aquellos celosos Misioneros, y lo muchísimo que queda para hacer.

Precedentes históricos



Diseminados en las tradiciones orales y escritas del noble pueblo Chocoano, las cuales tienen su asiento principal en la memoria de los ancianos del país en los preciosos archivos, eclesiásticos y civiles, de Quibdó, Nóvita y Popayán; existen una multitud de datos curiosos y fidedignos, que si por una parte harían ver la relativa orfandad de padres espirituales en que siempre, más ó menos, gimieron los pueblos de esta región—digna, por cierto, de mejor suerte,—por otra, engarzados á manera de historia, ofrecerían al público páginas de una lectura sabrosísima y edificante.

A la industriosa diligencia de un sacerdote de la Prefectura he fiado recientemente la prolija labor de este ensayo histórico, que no dudo será de interés general.

Y, dejando para la pluma del referido sacerdote noticias que bajo ningún concepto armarían con la índole del presente Informe, sólo haré constar aquí el dato, demasiado expresivo, de que, al erigirse en Prefectura Apostólica las tres grandes Provincias que hoy hacen parte del viejo Chocó (1), nada más evangelizaban en ellas, fijamente domiciliados, cinco sacerdotes seculares, dos de ellos ancianos ya achacosos y otro llegado poco había.

Los reverendísimos Ordinarios de Popayán, á cuyo báculo pastoral estuvo casi siempre sometida la Iglesia del Chocó, nunca pudieron hallar, por más celo que desplegaron, la fórmula práctica de conciliar los apremios de su pastoral solicitud con las necesidades espirituales de tantísimos pueblos que, estrechados en el círculo de sus caudalosos ríos y bosques impenetrables, vivieron largos siglos casi totalmente incomunicados con el centro de la diócesis.

Creación de la Prefectura Apostólica del Chocó

Obviando, pues, á esta necesidad extrema de pasto espiritual, que hacía languidecer la fe y piedad de tantos millares y millares de almas como vivían tristemente abandonadas, y cumpliendo lo pactado en el artículo 2.º del Convenio adicional al Concordato de 1888; la Santa Sede, de acuerdo con el Gobierno Civil

(1) Son las Provincias de Atrato y San Juan (pertenecientes á la Intendencia Nacional del Chocó) y la novísima de Urabá (perteneciente al Departamento de Antioquia).

de la República, se dignó crear esta Prefectura Apostólica del Chocó (1), por Decreto de 28 de Abril de 1908, expedido en Roma por la Secretaría de la Sagrada Congregación de Negocios Eclesiásticos Extraordinarios.

Dicho decreto puede resumirse en dos partes: la primera, que se refiere á la nueva Prefectura; y la segunda, que habla del primer Prefecto Apostólico, nombrado por Su Santidad Pío X.

En la primera se da, con sobriedad de palabras, al estilo de las Curias Romanas, un boceto general del Chocó, asignando á la Prefectura de su nombre el título oficial, límites, Sede-Capital y Clero, que la deben distinguir, como una entidad aparte, entre sus congéneres de Colombia; en la segunda se hace público el nombramiento del reverendísimo P. Juan C. Gil y García (de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María) para el delicado puesto de primer Prefecto Apostólico del Chocó.

Número de fieles sometidos á la jurisdicción del Prefecto Apostólico del Chocó

El erudito D. Guillermo O. Hurtado, Gobernador é Intendente que fué de esta región, en su lucidísimo Informe Oficial de 1909, editado á principios de 1910, precisó la población del extinguido Departamento de Quibdó en 80,000 almas, cifra que, según él, debía descomponerse de esta suerte: 5,000 blancos; 15,000 mulatos; 50,000 negros; 10,000 indios. Total: 80,000.

Mas, considerando que el radio de la Prefectura Apostólica es mucho más extenso que el del suprimido Departamento y de la actual Intendencia Nacional del Chocó, opinamos que no sería aventurado encerrar la población total de aquélla en el número redondo de 100,000 católicos, distribuídos así: 10,000 blancos; 20,000 mulatos; 50,000 negros; 20,000 indios. Total: 100,000 católicos.

Movimiento del personal eclesiástico de la Prefectura

El año 1909 fué año de verdadera prueba y doloroso noviciado para estas Misiones.

El primero en fecundarlas con el riego de su sangre fué el R. P. Nicolás Lanas, C. M. F., sujeto de bellísimas cualidades, quien, víctima de las fiebres palúdicas, y más tarde del beriberi, sucumbió el 29 de Julio,

(1) Aun cuando el Chocó figura en el Convenio de referencia como *Vicariato Apostólico*, sin embargo, al ser expedido el respectivo decreto de erección, quedó aquél reducido á la categoría de *Prefectura Apostólica*, en virtud de razones poderosas que respetuosamente alegó el Superior General de los *Misioneros Hijos del Corazón de María*. Queda, pues, en pie el cambio propuesto y acordado, mientras otra cosa no aconsejen las circunstancias, y juicio de la Santa Sede.

á la temprana edad de 31 años, siete meses después de su arribo al Chocó.

No se agotó con esto el cáliz de su tribulación, que Dios misericordioso ofrecía á nuestras queridas Misiones.

Sepultado apenas el cadáver del malogrado P. Lanas (q. d. D. g.), hubieron de salir precipitadamente para Urrao (Antioquía), en busca de la salud perdida, otros tres misioneros, los reverendos PP. Agustín Quiroga y Andrés Vilar y el Hermano Hilario Goñi, estos dos últimos atacados también del beriberi. El reverendo P. Quiroga estuvo en disposición de volver á Quibdó á primeros de Octubre siguiente; pero los otros dos tuvieron necesidad de pasar el resto del año puertas afuera del Chocó.

El 24 de Octubre salió su servidor, en compañía del Hermano Ramón Casals, con rumbo á Turbo, Acandí y Cartagena, dejando en la Casa de Quibdó tres Padres, uno de ellos convaleciente y los otros dos postrados en cama.

El 30 de Diciembre estaba ya de vuelta en la capital de la Prefectura, mas rodeado, felizmente, por una espléndida corona de animosos misioneros (los reverendos PP. Vidal Bandrés, Anastasio España, Enrique Onetti y José Martínez, con los Hermanos Julián Notiboli y Antonio Campmany, todos Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María), que venían de España, ganosos de conquistar los lauros del apostolado en estas Misiones, tan propicias á la pesca de las almas y los sacrificios por la gloria del Señor.

Con este nuevo refuerzo se pudo inaugurar, el día de la Purificación de Nuestra Señora de 1910, un nuevo centro de operaciones evangélicas, en la ciudad de Istmina (capital de la Provincia del San Juan), constituido por tres reverendos Padres y dos Hermanos coadjutores, bajo la dirección inmediata del reverendo P. José María Fernández, C. M. F.

El 19 de Marzo siguiente salieron de Quibdó, camino de Cartagena y España, el R. P. Quiroga y el Hermano Goñi, acosados ambos por la enfermedad, que no les consentía, á juicio de los médicos, permanecer más tiempo en estas tierras.

El 4 de Junio tomaron el mismo camino, por igual causa que los anteriores, los RR. PP. España y Onetti.

El 13 de Julio expiró en Quibdó, rendido por una *perniciosa*, el Hermano Urbano Simón, que acababa de coronar una brillante campaña evangélica, realizada por las costas de Urabá, en asocio del infatigable y celoso P. Juan Codinach, C. M. F.

El 1.º de Agosto pasó el R. P. Bandrés á llenar en la parroquia de El Carmen (Provincia de Atrato), la vacante producida por la renuncia del presbítero doctor Eufasio Rojas.

El 19 del mismo mes dejó el R. P. Fernández la dirección de las Misiones del San Juan, para reponerse en Quibdó de sus quebrantadas fuerzas.

El 4 de Septiembre fué destinado el R. P. Vilar á las Misiones del San Juan.

El 16 de Octubre fué nombrado Secretario de la Prefectura Apostólica el R. P. José María Fernández.

Y, finalmente, sabemos que acaban de desembarcar en Cartagena otros cuatro misioneros, llegados de re-

fresco (1), á los cuales no tardarán en seguir otros tres más (2), que están ya también anunciados.

En el clero secular no ha habido más alteración que la ya mencionada del Dr. D. Eufasio Rojas. Los reverendos Sres. D. Demetrio Salazar y D. Marco A. Tobón han continuado en sus respectivas parroquias de Tadó y Pueblo Rico, trabajando sin descanso por la gloria de Dios y por el bien de las almas que les fueron encomendadas.

Estado de los trabajos apostólicos realizados por los misioneros Hijos del Corazón de María.

AÑO DE 1909

(Promedio de Sacerdotes Misioneros: 5)

Bautismos, 1,213; Confirmaciones, 4,660; Comuniones, 18,000; Matrimonios, 114; Auxilios á enfermos, 315; Entierros, 180; Misas cantadas, 220; Vísperas cantadas, 64; Procesiones, 69; Excursiones á los pueblos, 38; Semanas Santas, 3; Novenas predicadas, 7; Septenarios predicados, 2; Ejercicios de San Ignacio, 1; Predicaciones sueltas, 283.

AÑO DE 1910

A) CASA-MISIÓN DE QUIBDÓ

(Promedio de Sacerdotes Misioneros: 4)

Bautismos, 1,417; Confirmaciones, 2,291; Comuniones, 24,000; Matrimonios, 109; Auxilios á enfermos, 324; Entierros, 127; Misas cantadas, 189; Vísperas cantadas, 75; Procesiones, 84; Excursiones á los pueblos, 58; Semanas Santas, 3; Novenas predicadas, 2; Ejercicios de San Ignacio, 3; Predicaciones sueltas, 500.

B) CASA-MISIÓN DE ISTMINA

(Promedio de Sacerdotes Misioneros: 2)

Bautismos, 1,317; Comuniones, 3,700; Matrimonios, 121; Auxilios á enfermos, 208; Entierros, 47; Misas cantadas, 133; Vísperas cantadas, 88; Procesiones, 69; Excursiones á los pueblos, 29; Semanas Santas, 3; Predicaciones sueltas, 319.

RESUMEN TOTAL DE LOS DOS AÑOS

Sacerdotes Misioneros, 5 (en 1909), 6 (en 1910)

Bautismos, 3,947; Confirmaciones, 6,951; Comuniones, 45,700; Matrimonios, 344; Auxilios á enfermos, 847; Entierros, 354; Misas cantadas, 542; Vísperas cantadas, 227; Procesiones, 222; Excursiones á los pueblos, 125; Semanas Santas, 9; Novenas predicadas, 9; Septenarios predicados, 2; Ejercicios de San Ignacio, 4; Predicaciones sueltas, 1,102.

Pero nadie vaya á figurarse que la acción de los Padres misioneros del Chocó se haya circunscrito á estas labores, que son, por otra parte, las más propias de su sagrado ministerio, no. Ellos han extendido la esfera

(1) Los reverendos Padres Nicolás Medrano y Ramón Pujol con los Hermanos Hipólito Pardo y Joaquín Nuñ, cuya aparición en Quibdó fué saludada el 4 de Febrero de 1911.

(2) Los reverendos Padres Andrés Gaspá, Juan B. Ferrerons y José Criado, llegados á Quibdó á mediados de Marzo siguiente.

de su actividad hasta donde la salud y demás circunstancias se lo han permitido; y, si más no han hecho, ha sido sencillamente porque más no han podido.

Testigos y lenguas son de su laboriosidad los archivos parroquiales de Quibdó, Istmina y Novita, que ha sido completamente restaurado; la cátedra de Religión y Moral, hábilmente regentada, en los Institutos Pedagógicos de Quibdó é Istmina, por alguno de los reverendos Padres; 2 *Schola cantorum*, fundadas, á costa de muchos sudores, para dar esplendor á las funciones del culto divino en las iglesias y capillas; las frecuentes visitas pastorales, giradas por el suscrito Prefecto Apostólico, en compañía de algún otro misionero; las veinte preciosas imágenes de talla y multitud de ornamentos, vasos sagrados, etc., introducidos, para dar gloria al Señor, en los templos de la Prefectura; las muchas iglesias y casas curales que han sido edificadas ó notablemente mejoradas bajo la dirección é impulso

de los Padres Misioneros; la constante propaganda de libros, hojas volantes, rosarios, estampas, medallas, etcétera, hecha con verdadera profusión (1); la Archicofradía del Santísimo é Inmaculado Corazón de María, establecida en la iglesia parroquial de Quibdó y próxima á fundarse en la de Istmina; la catequesis de niños y adultos, desempeñada con arreglo á las normas pontificias; las escuelas y colegios; el Círculo de San Luis Gonzaga, organizado en Istmina; las innumerables funciones religiosas de supererogación, celebradas doquier han estado los Misioneros; y, finalmente, el nuevo giro que se ha dado, en gran parte de la Prefectura, á la colecta y administración de los diezmos, contribución sagrada que en muchos pueblos iba ya cayendo en desuso y que en otros adolecía de no pocos y leves defectos.

(Continuará).

(1) En esta propaganda, que ha sido enteramente gratuita, lleva invertidos la Prefectura Apostólica 425 dollars en oro.

CONSTANTE Y CONSOLADOR AVANCE DEL CATOLICISMO



EL último cuaderno de la por múltiples conceptos importantísima y recomendable Enciclopedia universal ilustrada, que editan los Sres. Espasa, de esta ciudad, copiamos del notable artículo *Catolicismo* las siguientes estadísticas, que con el incontestable argumento de los números, enseñan el constante progreso de nuestra sacrosanta Religión y la manera cómo Dios, con pródiga mano, bendice los trabajos del misionero católico.

Estadística, por números, del Catolicismo

Siglo primero.	500 000
" segundo.	2 000 000
" tercero.	5.000 000
" cuarto.	10.000 000
" quinto.	15 000 000
" sexto.	20.000 000
" séptimo.	25 000 000
" octavo.	30.000.000
" noveno.	40 000.000
" décimo.	56.000 000
" once.	70.000 000
" doce.	80.000.000
" trece.	85.000 000
" catorce.	90.000 000
" quince.	100.000.000
" dieciséis.	125.000.000
" diecisiete.	185.000.000
" dieciocho.	200.000.000
" diecinueve.	260.000.000

En 1900, según el P. Kroser, el número de católicos ascendía á la cifra de 264.506.000. Según la estadística del *Anuaire Pontifical Catholique* (París, 1902),

que la tomó del *Katolische Kirchenzeitung*, n.º 45 (Salzburgo), la cifra total de católicos del mundo es de 273.200.000, de los que corresponden 189.000.000 á Europa, 11.000.000 al Asia, 2.900.000 al Africa, 69.180.000 á las dos Américas, y 1.100.000 á la Oceanía. En la actualidad pueden calcularse unos 280.000.000, constituyendo los católicos el 18 por 100 de la población total del globo.

Estadística del progreso numérico del Catolicismo durante el siglo XIX, y su estado actual en varias naciones y continentes:

Africa Central. Sólo á mediados de este siglo se comenzó su evangelización y ya está dando frutos abundantes.

Africa del Sur. 40.000 católicos.

América del Sur. Gran número de misioneros se dedican con éxito á la redución de no pocas tribus. La numerosa población civilizada conserva el Catolicismo predicado por españoles y portugueses.

Argel, Túnez, Egipto. En 1800, 7.000 cristianos; en 1900, 500.000, de los cuales 400.000 en Argel.

Australia. En 1800, ningún católico; en 1900, 860 sacerdotes y 708.000 católicos, en una población de 3.789.000 habitantes.

Bosnia y Herzegovina. En 1800, 25.000 católicos; en 1900, 334.042.

Canadá. En 1800, 63.000 católicos; en 1900, 2.201.000 y más de 1.000.000 de emigrados á los Estados Unidos.

China. En 1800, 187.000 católicos; ahora cerca de 1.000.000.

Dinamarca, Suecia y Noruega. En 1800, 200 católicos en los tres Estados; en 1900, 4.000 en Dinamarca, 1.600 en Noruega y 1.800 católicos en Suecia.

Estados Unidos. En 1800, un Obispo, el de Bal-

timore, 30 sacerdotes y 30,000 católicos; en 1900, 13 Arzobispos, 80 Obispos, 11,227 sacerdotes y 10,300,000 católicos.

Holanda. En 1800, 300,000 católicos; en 1900, cinco Obispos, 2,794 sacerdotes y 1.488,000 católicos.

India. En 1800, 22 misioneros con 475,000 fieles, en 1900, 2,000 misioneros y 2.000,000 de católicos.

Indo-China. En 1800, 320,000 católicos; en 1900, 700,000.

Inglaterra y Escocia. En 1800, seis Vicariatos apostólicos con 120,000 católicos; en 1900, 22 Arzobispos y Obispos con 3,000 sacerdotes y 2.000,000 de católicos. Las conversiones anuales se evalúan entre 5,000 y 6,000.

Nicópolis en Bulgaria. En 1800, 300 católicos; en 1900, 12,000.

Océánicas (Islas). Sin contar las evangelizadas por españoles y portugueses, que han conservado su fe, desde 1850, en donde no había ni un sacerdote, ni un fiel, hay ahora 261 sacerdotes y 120,000 fieles.

Oriente. En Constantinopla los latinos ascendieron de 8,000 á 140,000; los búlgaros de 0 á 28,000; los búlgaro-latinos de 6,000 á 12,000. En Esmirna de 3,000 á 14,000; en Alep de 800 á 4,400; los católicos melquitas de 20,000 á 114,000; los sirios de 2,000 á 40,000; los de rito caldeo de 25,000 á 44,000.

Rumania. En 1800, 16,000 católicos, y en 1900, 150,000.

Servia. En 1800, 6,000 católicos; en 1900, 20,000.

Suiza. En 1800, 422,000 católicos, y en 1900, 1.383,000, con cinco Obispos, un administrador apostólico y 3,000 sacerdotes.

Terra-Nova. En 1800, 0, y en 1900, 81,096 católicos con cuatro Obispos ó Vicariatos apostólicos y 63 sacerdotes.

En España, Irlanda, Polonia, Italia, Bélgica y Austria-Hungría, el Catolicismo es la religión dominante, como lo ha sido siempre, con grande ventaja. Algo parecido puede decirse de Francia y de Portugal.


MOGOLIA PINTORESCA

LA MONTAÑA. — LA SELVA IMPERIAL. — EL LLANO

POR EL R. P. LUIS KERVYN

DEL SEMINARIO DE SCHEUT-LEZ-BRUXELLES, MISIONERO EN NUESTRA SEÑORA DE LOS PINOS (MOGOLIA ORIENTAL)

III.—Desastroso estado de las vías de comunicación

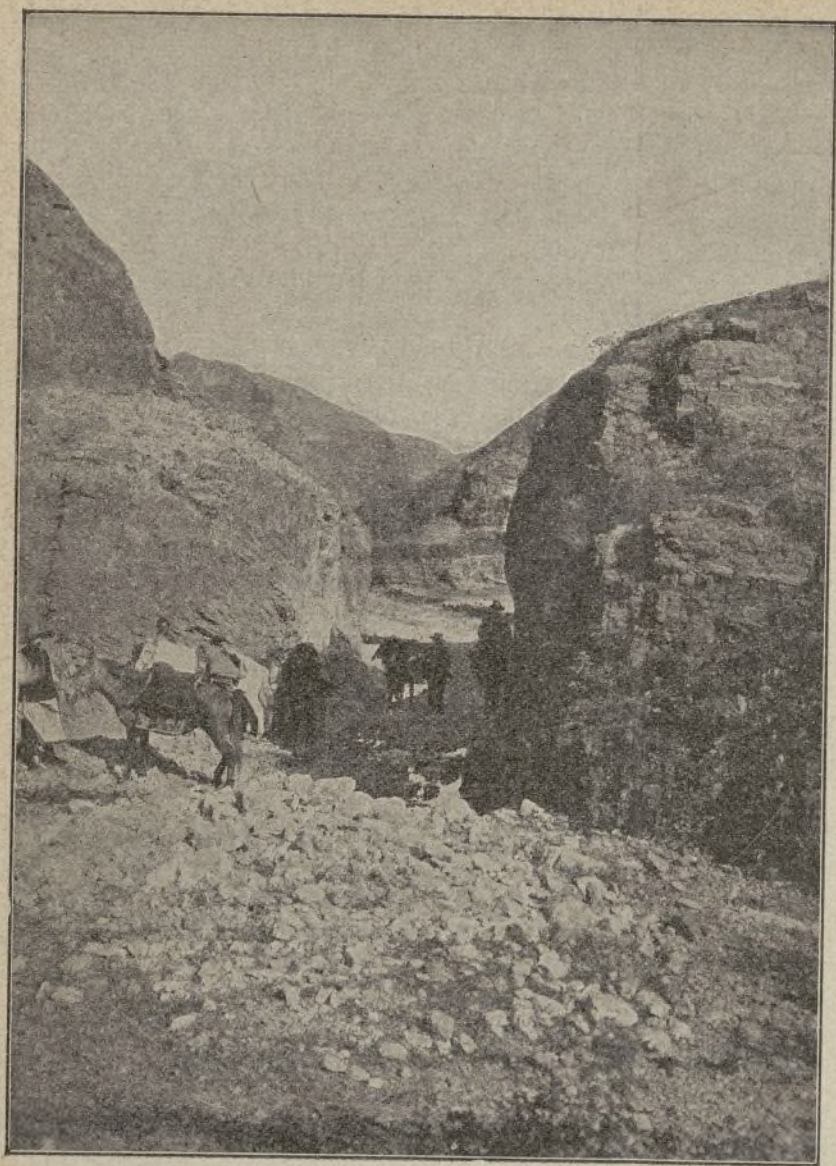
 Al descender una pendiente, el espectáculo no es menos original. Después de un momento de descanso concedido á los animales, se enganchan, según el peso de la carga y la rapidez de la pendiente, una ó dos mulas, dispuestas á este efecto, detrás del vehículo por medio de un cable de ocho ó diez metros de largo, unido á su cuello por un yugo. Mientras el caballo de las varas descansa ó se sienta literalmente por momentos sobre el cejador y se deja arrastrar, extendidas las cuatro patas hacia adelante, por la falda de la pendiente, á fin de contener el descenso del vehículo, el animal freno que sigue al carruaje da vigorosos brinco hacia atrás con enérgicos estremecimientos de todo el cuerpo, á fin de librarse lo mejor posible de los golpes con que le amenaza el palo de un hombre que se apoya con todas sus fuerzas y se balancea en equilibrio inestable sobre el cable, como para hacer caer de rodillas al animal que lo lleva al cuello. La mula, arrastrada por el vehículo y la presión ejercida sobre la cuerda, no haría tamaños esfuerzos para atraer ésta hacia sí, si al mismo tiempo no tuviese que temer los palos que, si se descuida un poco, llueven sobre su cabeza. Retrocede, pues, desesperadamente dando fuertes resoplidos, tira con fuerza del cable, y por este medio ayuda á contener el carro en estos planos inclinados, tan penosos de escalar como difíciles de descender.

Fácilmente se comprenderán los riesgos que en estos casos corren los hombres que conducen el vehículo, lo mismo el que va delante que el que va detrás. Vida de eternas tribulaciones es, sin duda, la de esos carreteros chinos de la Mogolia Oriental, pero, como dice Reclus á propósito de los barqueros del río Azul, vida libre de campo, llena de trabajos de todas clases, pero también de apacibles reposos, de sueños profundos... y, sobre todo, es la vida que llevaron sus antepasados desde remotas generaciones.

Estos espectáculos serán sin duda tristes á la vista, pero ¿á qué lamentar la suerte de aquellos que desde su infancia se han acostumbrado á este oficio y se endurecen cada día más á las intemperies de las estaciones lo mismo que á las dificultades del terreno, siempre seguros de encontrar por la noche una oportuna posada en donde descansar sus fatigados miembros y restablecer las agotadas fuerzas? A la mortecina luz de un lamparón de aceite contarán las peripecias de la jornada, no sin su poquito de vanidad, se informarán del estado actual de las carreteras próximas, y al día siguiente, al rayar el alba, habrán enganchado ya los animales y habrán partido á paso ligero, resueltos á desafiar una vez más el caos de rocas y polvo de las carreteras mogolianas, las dificultades de las subidas laboriosas y las angustias de los descensos vertiginosos.

IV.—Las posadas de Mogolia

¡Las posadas! Hablemos de estas chozas nauseabundas, de estos tugurios sin nombre. Ningún viajero pue-



MOGOLIA.—ASPECTO DE UNA CARRETERA MOGOLIANA. — Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Kervyn

de dejar de utilizar sus «servicios.» De buen ó de mal grado, á la caída de la noche hay que solicitar posada. Nota temible cuya sola perspectiva, hace notar M. Mounier, basta para entristecer el fin de las jornadas más alegres. «Y es que estas posadas distan mucho de ser palacios, de manera que nuestros elegantes *clubmen* harían una triste figura si se veían obligados á pasar la noche en semejantes hospederías.» (Matignon).

En la Mogolia oriental una posada respetable se compone ordinariamente de un muro de tierra con una verja ó puerta sencilla, franqueada la cual se encuentra uno en presencia de un patio cuya parte posterior está ocupada por lo que podríamos llamar el gineceo de la posadera; en él habitan la huésped, sus hijas, sus nueras y sus nietas: ningún extranjero lo ha visitado nunca; únicamente á las mujeres que van de viaje se les permite pasar allí la noche.

La parte anterior constituye la posada propiamente dicha. Es un vasto edificio orientado al sud que sobresale entre dos largas hileras de pesebres, dispuestos respectivamente al este y al oeste del patio. A estos

pesebres atan las bestias con el fin de que puedan estar siempre bajo la vigilancia de sus dueños. En cuanto al edificio que hace las veces de posada se divide comúnmente en tres departamentos, separados entre sí por dos tabiques más ó menos sólidos.

La pieza central está destinada á cocina. Se entra á ella á pie llano franqueando el dintel de una puerta que, siempre abierta, despide por su boca vapores ofuscantes y fuertes olores, que ya de lejos avisan al hambriento viajero cual pretendiendo aumentar su apetito al influjo de los efluvios «olorosos» de la marmita que humea en el hogar. Una mesa, que hace sucesivamente las veces de artesa para la fabricación de fideos ó de pastas de harina de trigo candeal, más ó menos auténtico, y de tabla para desmenuzar la carne, ocupa un rincón de la pieza. Una colección de cuchillos transforma el muro en panoplia. En otro ángulo hay alineados algunos barreños llenos de salazones en perfecto estado de fermentación ó de... putrefacción. En fin, otro ángulo se halla ocupada por el mueble principal de la posada: la hornilla, vasto fogón de hierro fundido, debajo del cual chisporrotea un fuego de leña ó de tallos secos de sorgo. Un fuelle activa la llama. En esta vasija se calienta agua, de la cual van todos á proveerse, unos para hacer té y otros para «refrescarse» la cabeza y el rostro. Luego con la restante se hará cocer el mijo de la comida, la pasta de harina y la carne.

La infusión de té merece mención especial. Es el gran recurso del viajero abrasado de sed, consumido por el calor, el polvo y la fiebre del camino. El té es servido sin azúcar y en estado de ebullición: mejor que todo sorbete, mejor aún que el café mismo, quita perfectamente la sed y refrigera insensiblemente, sirviendo á la vez de febrífugo. Para completar su acción se lavan rostro y cabeza con agua caliente, lo cual hace que luego se produzca una reacción de frescura particularmente agradable.

«La experiencia de numerosos siglos ha enseñado á los chinos que el agua caliente refresca» en este doble empleo que hacen de la misma. Además, del mismo modo que M. Jourdain hacía prosa sin saberlo, los celestes hacen higiene sin darse cuenta de ello. Sin consumir casi nada más que agua hervida, ponen su tubo digestivo al abrigo de numerosas infecciones, y, sin poner sobre sus cuerpos sudorosos más que ropa embebida en agua caliente, preservan la epidermis, y particularmente los ojos, de multitud de contagios, sobre todo oftálmicos. En este doble caso «la ebullición destruye gran número de gérmenes mórbidos.» (Dr. Matignon).

Mogolia es un país pobre: en las posadas del camino

no se encuentra té en hojas á causa de su elevado precio. Cada viajero lleva el que le place. En cuanto á su calidad, no pocas veces habría mucho que decir. Con frecuencia las clases pobres reemplazan el té por una mezcla de hojas de salce y de sófora, infusión que del té sólo tiene el color. En cuanto al gusto no hay que hacerse ilusión; tales hierbas, tales gustos. El misionero nunca se ve obligado á echar mano de estas hierbas ni recurrir á tan heterogéneas decocciones, sucias é insalubres: antes de emprender la marcha se provee bien de hojas de té, de té verdadero; en la posada ya encontrará teteras y agua caliente. La bebida se prepara en un instante. Una vez refrigerado, el misionero entrega té y tetera á su criado, que bebe en compensación de las fatigas que ha tenido que sufrir durante el camino y en previsión de las que se le esperan durante la etapa siguiente. La infusión se ve cada vez más diluída, y, en cuanto el misionero haya abandonado la posada, «el dueño del establecimiento recogerá las preciosas hojas, las secará y hará con ellas una serie de infusiones nuevas.»

Contiguos á la cocina se hallan á un lado el aposento del posadero, cerrado por una puerta de dos hojas ó por una cortina de lienzo azul, y al otro el aposento reservado á los viajeros corrientes. La primera preocupación del criado del misionero al llegar á una posada es informarse del dueño del establecimiento, y hacer reservarse para sí y para el misionero el mejor cuarto de la

casa. Este es precisamente el particular del posadero, quien accede gustoso á los deseos del viajero á cambio de una buena propina. Ordinariamente el posadero, seguro de este beneficio, previene el deseo de estas visitas distinguidas.

Para lo cual, mientras el palafrenero sale á guardar las caballerías, el criado baja la cama y la extiende sobre el *káng* (cama de ladrillos que llena casi todo el cuarto). Una abertura al nivel del suelo permite la entrada del calor y el humo, con lo cual este mueble singular goza en toda su extensión de excelente calefacción central ó lateral: el *káng* servirá al misionero de sofá, de mesa, de cama y de diván.

¡Qué dicha, después de una ruda etapa de 60 ó 70 kilómetros á través del polvo y de las piedras del camino, bajo los ardientes rayos de un sol abrasador ó los insufribles rigores de un frío glacial, qué dicha poder tumbar los fatigados miembros sobre las esteras apenas desempolvadas de esta cama prehistórica, repasando mentalmente todas las peripecias de la jornada, entre numerosas tazas de té perfumadas con algunas pipas de tabaco indígena! Mientras los animales son sacados al campo por espacio de media hora por algún *boy* voluntario que recibe por su trabajo unas monedas de cobre, la comida es preparada y servida por el posadero. Inmediatamente se arreglan las cuentas, y uno duerme un sueño profundo, tranquilo, desquite legítimo de ocho ó diez horas de traqueteo sobre la espalda de un *poney*.

La revolución en China

(Continuación)



FALSOS de toda falsedad eran los vientos optimistas, esto es, de paz y fracaso de la revolución de que, comentando las noticias que el último correo nos daba, nos hacíamos eco en el número de Octubre de LAS MISIONES CATÓLICAS. En China la revolución avanza, y es imposible, en el momento en que escribimos y recogiendo sólo noticias que creemos oficiales, predecir el resultado.

Ampliando las que de Set-chuen dábamos en nuestro último número, diremos: que tras varios días de huelga general, durante los cuales el virrey mandó á los extranjeros reunirse en determinados centros para poder garantizar sus vidas, el Comité formado para dirigir aquélla cambió de táctica, tomó la ofensiva y empezó á cobrar impuestos, organizar policía, armar gente, y, en una palabra, á preparar la revolución.

El jueves 7 de Septiembre el virrey llamó á su palacio á los siete ciudadanos que componían la directiva del Comité. Estos, ó demasiado cándidos, ó asaz fiados en

la importancia del movimiento, acudieron solos. El virrey sale á su encuentro sonriente. Ni palabra habían cambiado cuando á una señal convenida la policía, convenientemente apostada, cae sobre los siete jefes, que quedan presos por orden del virrey. Acto seguido la caballería, ya preparada, sale de los cuarteles y rodea el palacio.

Los demás miembros del Comité y el populacho revolucionario se lanzan á la calle, y en los alrededores del gran *hall* del ferrocarril, única parte de la ciudad no ocupada militarmente, improvisan un mitin.

A las dos de la tarde, acabado éste, quedaban en el *hall* 600 hombres. Entonces fuerzas del ejército, apostadas con gran acierto, toman todas las salidas del local, y los 600 son hechos prisioneros.

Como manifestación de sus simpatías, los revolucionarios habían erigido en todas las calles de la ciudad altares á Koang-Sin «el emperador que dió el ferrocarril á Setchuen.» Las tropas que patrullaban por la ciudad recibieron orden de demolerlos. La cumplían, cuando un hombre solo se lanza resuelto á impedirlo. El oficial que, revólver en mano, mandaba la patrulla, dispara contra el audaz revolucionario, que cae muerto.

Entonces el populacho indignado avanza contra el palacio del virrey, vitoreando á la revolución. Llega hasta las fuerzas que le protegen, intenta pasar entre sus filas... y estas fuerzas, de las que los revolucionarios juraban y perjuraban que no harían fuego, que estaban vendidos á la revolución, amartillaron sus fusiles, y tras los avisos de ordenanza, dispararon: en la calle quedaron 20 muertos, y en la Escuela de medicina y en el hospital católico francés fueron asistidos 40 heridos graves, de los que 5 murieron á las pocas horas y 6 al día siguiente.

El mismo día, á las nueve de la noche, los 600 prisioneros del *hall* de los ferrocarriles recibieron un mensaje del virrey. Los perdonaba. Los jefes pagarían por ellos: podían marcharse á sus casas.

El día siguiente una lluvia torrencial y persistente se encargó de mantener el orden.

Las puertas de la ciudad seguían cerradas, las tropas seguían patrullando por las calles, con orden severísima de disparar contra el primer grupo... y este era el orden y la paz que en el interior amurallado de la ciudad reinaba.

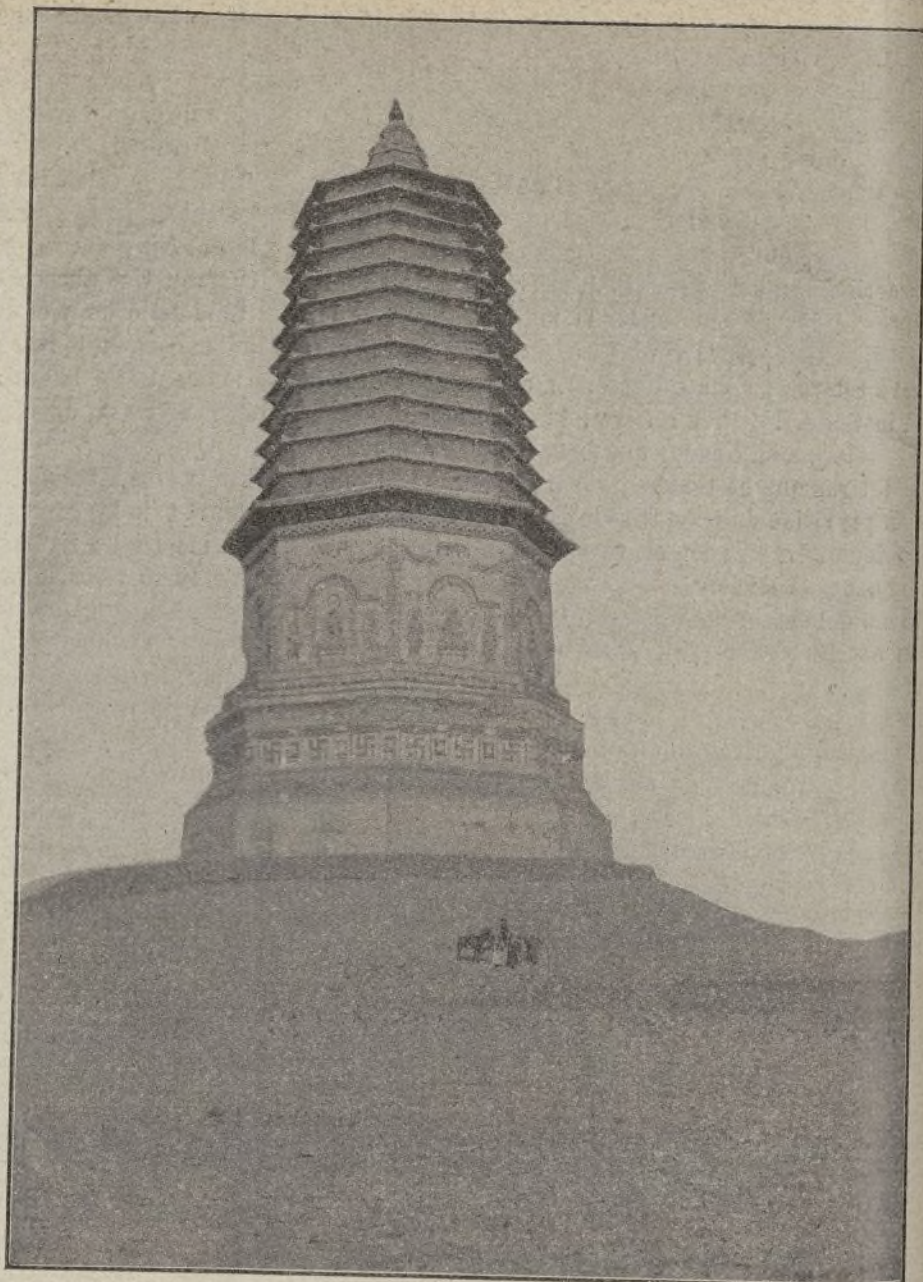
En cambio, fuera, en el campo, miles y miles de hombres, gentes sin qué perder, bandidos, los tradicionales bandidos chinos, siempre sedientos de revueltas y desorden, intentaban entrar en la ciudad, pero viéndose sin fuerzas para tanto, asaltaron el arsenal en busca de armas y municiones. La energía del virrey y la disciplina de las tropas lo salvaron.

Pero los cabecillas revolucionarios corrían la provincia, armaban gentes, cortaban vías de comunicación, volaban puentes, etc., etc. Los rebeldes llegaron á ser tan numerosos que fué preciso que el general Tchou, jefe de Tchengtú, movilizara las fuerzas á sus órdenes y saliera al campo á perseguir á los revolucionarios.

Estos, lejos de huir, aceptaron combate.

Fueron derrotados, pero la revolución ya había desplegado á los cuatro vientos su bandera.

Y los combates se suceden, y las noticias que por el último correo llegan á nuestras manos evidencian que los actuales momentos son en extremo críticos para la dinastía que rige los destinos del inmenso imperio Chino. No en una ciudad ni en una provincia, sino en muchas



MOGOLIA. — TORRE DE TAI MING, ANTIGUA CAPITAL DE CHINA, BAJO LA DINASTÍA DE LOS LIAO Y LOS TSING.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Kervyn. (Pág. 255).

ciudades y provincias ruge amenazadora la revolución.

En Setchuen, tras un mes de encarnizada lucha, el enérgico virrey no ha logrado dominar la revuelta, y si en la ciudad donde reside queda asegurada su autoridad, no puede decirse lo mismo del resto de la provincia, donde varias importantes poblaciones están en poder de los revolucionarios.

A aumentar las preocupaciones que agobian al gobierno del Hijo del Cielo, ha venido la sublevación en la provincia de Kansu, limítrofe de la anterior, y secular ciudadela del Islamismo, de los musulmanes que son en ella importante mayoría. Han invadido la prefectura de Sinning. El jefe de estos rebeldes se titula: «Gran emperador del Oeste,» y reparte con profusión por toda esta parte del imperio proclamas, mandando á los musulmanes sublevarse y sumarse á las filas de sus entusiastas secuaces.

¿Será el principio de un movimiento semejante á los que otras veces, en especial de 1856 á 1872, desolaron estas regiones y el Yunnan?

Los pobladores de estas tierras, hoy como ayer, son belicosos, y esta cualidad no es de las que tranquilizan Gobiernos.

En Chantong, un agitador á quien los diarios chinos califican de famoso, Kiao Se-veng, se ha unido al Barba-roja Kuoh Vongnié, y juntos han levantado una partida.

De Cantón sabemos que las principales personalidades de la ciudad se han declarado solidarias de cuanto han hecho los de Tchengtú; ¿qué se preparará en esta siempre agitada capital del Sud?

¿Esperarán, como se susurra, el regreso del Dr. Sun Yatsen para romper las hostilidades?

Noticia de indudable gravedad es la confirmación de que los rebeldes se han apoderado de Wut'chang, capital del Hupé. Wut'chang es ciudad de 500,000 habitantes, y residencia de S. E. Juei-Tcheng, uno de los más poderosos virreyes, cuya autoridad se extiende sobre las dos más ricas é importantes provincias de la China Central: Hupé y Hunan.

Junto á la ciudad antigua se levanta la moderna, rica, con suntuosas casas á la europea. Son notables sus cuarteles para la octava y 21 brigadas del ejército activo, la exposición permanente de los productos de la región, varias obras de higienización, la estación del ferrocarril á Cantón, y más que todo lo dicho sus innumerables escuelas; pues, como es sabido, Wut'chang es el más importante centro universitario de la China. El río Azul, ancho ante ella de 1,500 á 1,800 metros, la separa de Han-keu, la ciudad de las concesiones europeas.

A la toma de Wut'chang por los revolucionarios, han seguido las de Hanyang y su arsenal, y la de Hankeu.

S. E. Juei-Tcheng, el poderoso virrey, sorprendido por la revolución, no ha sabido hacer otra cosa que huir. ¡Pobre virrey! Pocos como él habrán sentido con mayor intensidad, como en la vida política la roca Tarpeya se levanta junto al Capitolio. El 10 de Octubre un decreto imperial le felicitaba por la manera sabia y rápida como había resuelto el difícil problema de la nacionalización de los ferrocarriles; el 11 nuevas felicitaciones por la hábil energía que empleara en desbaratar los planes de los *komingtang*, y en reprimir la naciente revolución, y el 12... la revolución triunfante obliga al virrey á abandonar su *yamen*, y un edicto imperial le enteró no sólo de que ha caído en desgracia, sino también de que será severísimamente castigado sino reconquista Wut'chang.

Que un virrey pierda ó logre el imperial favor, es episodio sin importancia ante la grandiosidad de la tormenta que se cierne sobre la China, y se extiende por el centro y por el Sud con espantosa rapidez. Dícese, sin que la noticia sea oficial, que también Tchang-tché, la populosa capital del Hunán, ha caído en poder de los revolucionarios, y que en las importantes ciudades

de Tchong-king, Itchang y Tchint-chanfu, la revolución triunfa: el Centro y el Sud de la China están en armas.

Y con seguridad lo que más admirará al Gobierno y lo que más alarmará al Regente y á la familia imperial, es la noticia de que el ejército revolucionario viste los mismos uniformes y dispara las mismas armas que el Gobierno imperial dió á sus soldados, ¡tan menguados era el amor que á su rey y la idea que de la lealtad tenían las tropas chinas á que el Gobierno fiara la represión!

¿Quiere esto decir que el imperio ha muerto y que estamos en vísperas de la república ó de las repúblicas Chinas? A marchas forzadas dícese avanza el ejército del Norte, el más adicto, el único verdaderamente adicto á la monarquía y Gobierno actuales, ¿salvará la situación? los quince días que necesita para llegar al campo de los triunfos revolucionarios ¿no serán demasiados días para que pueda acabar con los, podemos decir, cada hora más numerosos contingentes rebeldes? ¿sabrá S. E. Yint-chang, generalísimo y actual ministro de la Guerra, dirigir bien estas fuerzas y contentar al país con algunas, las que la prudencia y las circunstancias aconsejen, de las tantos años pedidas reformas?

El tiempo lo dirá: nosotros lo único que podemos añadir es, que nunca, desde la célebre revolución de los Taipings, la dinastía había debido afrontar tan grave peligro interior, ¡qué tanto ha podido la constancia y el dinero del actual jefe de la revolución y revolucionario de toda su vida, el Dr. Sun-Yat-sen!

El Celeste Imperio se agita presa de ardiente fiebre: fiebre de europeísmo y de americanismo: sus hijos educados en París y en New-York, sueñan una república á la francesa ó á la yankee. Mientras el gran director del actual movimiento, Dr. Sun-Yat-sen, recorre, según se dice (pues la verdad es que á ciencia cierta se desconoce su actual paradero, aunque en la acertada dirección del avance revolucionario se adivinan su cabeza y su mano), el Norte América, recaudando dinero y comprando armas, sus tropas republicanas avanzan cantando con loco frenesí lo que la prensa ha dado en llamar *Marsellesa china*, que no es otra cosa que el canto con que los estudiantes de Cantón saludan á la libertad.

A título de curiosidad traducimos á continuación este canto, hoy himno guerrero, á cuyas, dicen, vibrantes notas amenaza rodar por los suelos el secular trono del (en la actualidad inocente niño de seis años) Hijo del Cielo.

I

Oh libertad, regalo de los mayores que nos ha hecho el cielo,—unido á la paz, obrarás en nuestra tierra—diez mil nuevas y no soñadas maravillas.—Grave como un espíritu, grande como un gigante—que se alza hasta las nubes.—Majestuosa en carro de nubes, cuyos corceles son el viento,—desciendes para ser reina de la tierra.—¡Compadécete generosa del horrible infierno de nuestra esclavitud,—alégralo con un rayo de tu sol!

II

Oh Europa, la blanca,—hija predilecta de los cielos,—rica en pan y vino.—Amo á la libertad como á la más tierna de las esposas.—Y en el decurso de mis días y en mis tristes noches de insomnio,—contemplo las miserias de mi patria.—Pero la libertad es voluble,—y no acierto á conquistarla.—¡Mis hermanos aún son esclavos!

III

¡Qué dulces cantos murmura el viento; qué hermosa aurora ríe en los cielos,—qué esencia exhalan todas las flores!—Veo á los hombres ser como reyes.—¿Olvidaré á mi pueblo que sufre?—A mi pueblo obligado á doblar la cerviz—ante el lobo á quien llamamos nuestro Emperador.—¡Oh dolor! la libertad es muerta,—y Asia, la grande,—convertida en inmenso desierto.

IV

Saludemos al siglo XX, trabajando todos—para que nazca pronto la era nueva.—Que con voz unánime todos los hombres *viriles*—exijan resueltos la reforma de nuestro cielo y de nuestra tierra.—¡Que el grito amenazador, nacido del alma del pueblo, suba más alto que el pico Kuang-teun!—¡Washington! ¡Napoleón! ¡oh, vosotros, hijos insignes de la libertad!—¡venid, encarnad en nuestro pueblo!—¡Hin-Yun, padre nuestro, dirígenos!—¡Genio de la libertad, bendícenos, protégenos!

Y cantando este himno 3,000 soldados que del Honan enviara el Gobierno del Emperador, se han pasa-

do con armas y bagajes á los revolucionarios, que los recibieron á los acordes del mismo himno.

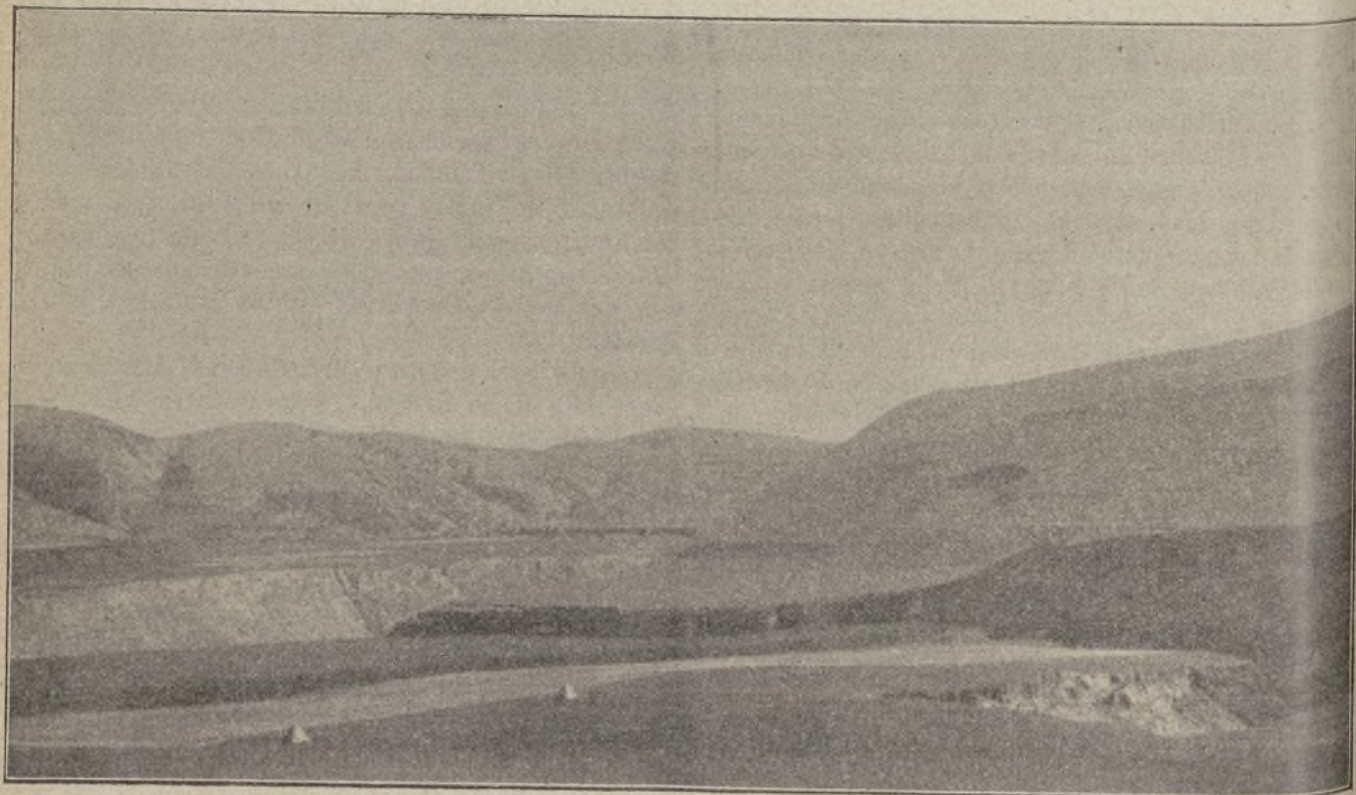
Las últimas noticias, aunque favorables á la revolución, prueban también que el Gobierno se apresta á la lucha. Un edicto imperial acaba de nombrar virrey de las provincias del Hu kuang al célebre Yuan-Che-k'ai, ex-*virrey* del Tcheli y ex-consejero del Imperio, quien en 1898, en el período llamado de los Cien días, con su política y con su energía resolvió la difícil situación. Posteriormente cayó en desgracia, y hará unos tres años que fué desterrado. Del destierro le ha llamado el Gobierno para conferirle el en la actualidad difícil *virreinato*. Parece que para aceptar ha impuesto múltiples condiciones, de las cuales, que pongan á sus órdenes 10,000 soldados, que él escogerá, y que le entreguen, para atender á los gastos de la guerra, tres millones de tael. El Gobierno ha aceptado.

Una de las desgracias que más han impresionado al Regente del imperio, ha sido la trágica muerte de Vong-chang, mariscal de Kuan-tcheu.

Afortunadamente hasta la fecha no hay que lamentar, que sepamos, la muerte de ningún europeo ni la destrucción de iglesias ó capillas. Desde los comienzos de la revolución, sus jefes enviaron emisarios á cuantas ciudades alcanzaba el movimiento, y mandaron fijar sendos pasquines ordenando la intangibilidad de los europeos. ¿Es amor? ¿es temor á las potencias? sea lo que fuere, el caso es cierto y debemos celebrarlo.

Al cerrar esta crónica, las últimas noticias que por correo recibimos, acusan tranquilidad en Pekin, Sang-hai, y también, salvo hechos aislados, en Cantón.

(Continuará).



MOGOLIA. — PAISAJE MOGOLIANO: AL FONDO, EN LA CUMBRE DE LA MONTAÑA, UN «OBO», MONTÓN DE PIEDRAS SUPERSTICIOSAS.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Kervyn. (Pág. 255)



MOGOLIA.—CURIOSO EFECTO DE LAS AGUAS. ROCA CALCÁREA EN FORMA DE HONGO.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Kervyn. (Pág. 255)

LA PERSECUCIÓN DE LOS BOXERS

29 de Junio.—Decretos contra la Religión



En el entretanto el impío Virrey comenzaba á publicar una serie de decretos contra la Religión y contra todo europeo, imponiendo á los cristianos la apostasía bajo pena de muerte.—El 29 de Junio se publicó á son de tambores y se fijó en las cuatro puertas y muros de la ciudad de Tae-yuan-fu el primero de estos decretos, que luego fueron publicándose asimismo por toda la Provincia.—Quiero transcribir algunos de estos decretos, que fueron publicándose en sus partes más principales.—Decía uno: «La Religión europea (el Cristianismo) libertina y cruel, es asimismo despreciadora de los Espíritus y tirana para con el pueblo. Los incendios y estragos de los boxers, muy puestos están en razón...; vengo, pues, á exhortaros hoy, oh cristianos, á que á la mayor brevedad os enmendéis, abandonando vuestra impiedad y volviendo al recto camino del que en mal hora os habéis separado. Sabed que si así lo

hicieréis, seréis considerados como hombres honestos, dignos de la Patria, y en justicia y equidad obtendréis la protección y el apoyo de vuestros Mandarines contra toda persecución y agravio que se quisiera inferir á vuestras personas y cosas; empero, tened asimismo entendido, que si á tiempo no enmendareis vuestro yerro, el arrepentiros más tarde sería sin efecto alguno. Por lo tanto, quedáis advertidos de una vez para siempre, y cada cual obedezca reverentemente esta nuestra orden.» —Este edicto, con más ó menos variantes, se publicó en varias ciudades y lugares.—Otro edicto, escrito especialmente para sólo la ciudad de Tae-yuan-fu, capital de la Provincia, decía: «La Religión europea, licenciosa y cruel, ha provocado las iras de nuestros Espíritus inmortales, no menos que los de los honestos habitantes de esta honesta Provincia. Ahora bien, cristianos, enmendaros y renovaros con el cambiar de ánimo y de propósito. Los que separándose del mal camino emprendido avisen al Mandarín respectivo, fácilmente obtendrán de esta Autoridad un decreto ó testimonio de misericordia, requisito que se considerará indispensable

ble para evitar en día no lejano graves males y perjuicios.» Por consiguiente, las intenciones del referido Virrey y su si n eran bien públicas y manifi-stas, general la exhortación al horrendo crimen de la apostasía; el dilema no tenía término medio, ó morir ó renegar de Jesucristo. Al mismo tiempo que se publicaban estos decretos contra nuestra divina Religión, salían otros en favor de sus perseguidores, de la impía secta de los boxers. Tengo á la vista copias de varios de estos decretos en favor de los Boxers; en uno de ellos dice así: «Los Boxers, he ahí quienes con derecho pueden llamarse el pueblo justo y leal, que fieles al Imperio y las Leyes difunden sus heroicas energías, despreciando en pro de nuestro imperio su propia personal existencia. Su lealtad, su fidelidad no es sino un celestial impulso, el impulso comunicado por nuestros Espíritus para exterminar completamente los europeos y terminar con los cristianos.» «Una muy justa indignación, se dice en otro idéntico documento, se apodera en la actualidad de los ánimos, especialmente de los Boxers, indignación por todo extremo razonable y que tiende á la defensa del Pueblo y del Imperio. Ya desde hace algún tiempo por las cercanías de Pekín, Tien tsin y Ta ku, los Boxers, uniendo sus esfuerzos á los de la armada y aun colocándose á la vanguardia, han obtenido gloriosas victorias campales por las que han merecido los pláemes del Emperador... Por lo que toca á los cristianos y europeos asociados entre sí, maquinando en secreto siniestros designios, se hacen en verdad odiosos á nuestros Espíritus al igual que á los hombres amantes de la Patria, por lo que su criminal y traidora conducta es digna de la execración del cielo y de la tierra.» Y nuevamente excita á los cristianos á la apostasía bajo pena de muerte.

Todos estos decretos y otros que se publicaron, que *mutatis mutandis* venían á decir la misma cosa, abundaban en ideas y pensamientos de la más refinada hipocresía, toda vez que al mismo tiempo que se publicaban por las cuatro partes de la Provincia y se fijaban en las esquinas de todas las calles, en Tae-yuan-fu se cerraban las puertas de la ciudad para que nadie pudiese salir y se hacían prisioneros á inocentes seminaristas y al venerable P. Elías Facchini. Por lo demás, los misioneros católicos no podían olvidar el evangelio de San Juan, donde se explica la diferencia que existe entre el buen Pastor que da la vida por sus ovejas, y el mercenario que viendo al lobo que las embiste abandona su rebaño y huye cobarde. No, el misionero católico que sufre con agrado, ayudado de la divina gracia, fatigas é incomodidades y penas y sufrimientos sin cuento, con el fin de ganar almas para Jesús, nuestro

amante Redentor, no puede en manera alguna abandonar su grey en el peligro. Y los misioneros del Shansi optaron por mantenerse firmes en el campo de batalla, consolando y confirmando en la fe á sus queridos cristianos, poniéndoles á la vista ya la brevedad de los tormentos que el verdugo pudiera ocasionarles, que las pérdidas y perjuicios que pudieran sufrir eran temporales y pasajeras, ya la vanidad de los placeres y la fementida tranquilidad que proporcionarles pudiera la indigna cuanto cobarde apostasía, ya el premio eterno de que se hacían merecedores si firmes é inquebrantables en la fe de Jesucristo tenían la dicha de morir á manos del déspota gobernador... A este mismo día, 29 de Junio, corresponden los rumores que comienzan á esparcirse entre el vulgo, de no sé qué cosas *maravillosas* que diz se venían observando por los alrededores de la Residencia y pequeño convento recientemente fundado. Decíase que se veían muchos soldados-blancos que custodiaban el lugar, columnas de fuego, etc., que llenaban de espanto á los paganos perseguidores. Sea lo que fuere, es el caso que, por aquellos días, en la Residencia y convento no se dejaba *descansar* á las benditas ánimas del Purgatorio, San Antonio de Padua, San Miguel Arcángel, pidiendo su protección y amparo en tan críticas circunstancias... De la subprefectura de Ping-yao llegaba el sacerdote indígena, D. Pedro Tchao, que venía de asistir á un misionero moribundo. Cuenta que al pasar por una de las cristiandades, la de San Sien, hubo de detenerse, rogado por los cristianos que, viéndose en inminente peligro, rodeados de boxers, quisieron prepararse á morir por la Religión con una confesión general; se confesó toda la cristiandad. Con espíritu de fe viva y ardiente dicho sacerdote, las mujeres jóvenes y ancianas, pedían ser inscritas en la Venerable Orden Tercera de Nuestro Seráfico Padre San Francisco de Asís, y despojándose por completo de sus escasas alhajas de boda las entregaban al Sacerdote, rogándole celebrara Misas por el eterno descanso de sus almas si Dios disponía que muriesen, ó para que fuesen fervorosas cristianas si les conservaba la vida. Apenas si me atrevo á narrar otros casos extraordinarios ocurridos en trance tan apurado y en tan críticas circunstancias; difícil fuera dar entero crédito á tantos casos ocurridos, aunque muy posibles y muy reales, encontrándose en inminente peligro, cuando el enemigo está encima dispuesto á acabar de un golpe con nuestra existencia.

FR. JOSÉ MARÍA IRUABRIZAGA, O. F. M.,
Misionero Apostólico.

(Continuará).



LOS HERMANOS COREANOS

EPISODIO DE LA HISTORIA DE LAS MISIONES DE COREA

POR EL P. JOSÉ SPILLMANN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS



Es la península de Corea, situada al Nordeste de la China, semejante por su forma y extensión á la península italiana. Las montañas que la atraviesan de Norte á Sur son, sin embargo, más elevadas y ásperas que los Apeninos de Italia, y su capital, á orillas del río Han-kang, casi en el centro de la costa occidental, como Roma á orillas del Tiber, dista mucho de la magnificencia de la ciudad de las siete colinas. El clima de Corea no es tan benigno como el de Italia, y el cielo se ve allí cubierto con frecuencia de espesas nubes impulsadas por los helados vientos del mar de la Siberia. Pero las provincias del Sur y del Oeste son fértiles, y un pueblo fuerte y ágil habita aquel país, que no carece de riquezas y hermosura natural.

Con esto y con la situación topográfica del país, se explica que desde tiempos antiguos Corea haya sido siempre, y es aún en nuestros días, la manzana de la discordia entre los dos Estados vecinos, China y el Japón. Después de prolongadas guerras se vió la Corea obligada á reconocer por supremo señor y protector al poderoso emperador de la China, pero aislándose con tanto mayor empeño de las restantes comarcas de la tierra. Así se conservó cierta independendencia en sus montañas; pero fué imposible que los misioneros cristianos entraran en este país para llevarle la alegre nueva de la salud, hasta fines del siglo XVIII, mientras que ya hacía doscientos años que había sido anunciada en la China y en el Japón. Ahora verán nuestros lectores el modo admirable cómo penetró el reino de Dios con su gracia y con su paz en esta escondida fortaleza del paganismo, según se refiere en la siguiente narración, cuyo argumento y noticias principales están tomados de la historia de las Misiones de Corea.

1.—Las sesenta cometas

La ciudad de Han-jang—que así se llamaba antiguamente la capital de Corea, hoy Seul—se mostraba vestida de fiesta un hermoso día de verano del año 1782. Hasta las estrechas y tortuosas calles de los barrios apartados, donde viven los jornaleros y los mendigos, estaban adornadas de trecho en trecho con verdes ramas, ó con inscripciones caprichosamente pintadas, pendientes de una cuerda tendida á través de las calles en medio de farolillos de papel de colores vivos. Pero quien dejara esos barrios y se dirigiera á las calles habitadas por los ciudadanos acomodados, ó llegara á la calle principal que conduce al palacio del rey, no podría menos de admirarse al ver la riqueza de los adornos, los cuales eran más magníficos cada vez á medida que se

iba acercando á la morada del gran mandarín. Por doquiera abundaban verdes ramas y vistosas flores traídas de los bosques próximos ó de las casas de campo que rodeaban la ciudad. Por todas partes ondeaban los gallardetes de colores en sus mástiles, y se notaban largas filas de faroles de papel de color y de formas caprichosas, que habían de ser encendidos tan pronto como viniera la noche; por todas partes se veían inscripciones escritas con letras doradas sobre fondo rojo, en las que se deseaba salud, bendición y dicha á Kim-mun, al amado de los dioses, al sapientísimo y justísimo mandarín del rey, con motivo de haber cumplido los sesenta años. Pues el mandarín solemnizaba aquel día su «Hoan-kap» (entrada en el año sexagésimo primero de la vida), que se celebra por los coreanos con más solemnidad aún que por los chinos.

En las adornadas calles agolpábase la multitud, vestida con sus mejores trajes. Los vestidos no siempre limpios de los moradores de Han-jang brillaban aquel día con deslumbradora blancura; sus jubones competían con los colores del firmamento, y sus grandes sombreros de anchas alas habían sido teñidos recientemente de color rubio ó negro brillante. Mujeres, á excepción de las cantoras y bailarinas, que eran mal miradas, no se veía ni una sola por las calles, pues la moral coreana no les permite salir de casa; pero estaban detrás de las ventanas cubiertas de papel barnizado, viendo por los agujeros intencionadamente abiertos en el papel, lo que sucedía en la calle.

Numerosa turba de jóvenes se dirigía, profiriendo agudos gritos, á la gran plaza que hay delante del palacio del rey, frente al cual vivía Kim-mun. Llevaban sesenta cometas de papel de formas y colores á cual más extravagantes, levantadas en altas varas. Cada una de estas cometas tenía el nombre de uno de los años del período de sesenta años; pues los coreanos, lo mismo que los chinos, tienen un ciclo ó período de tiempo de ese número de años, cada uno de los cuales tiene su nombre, como entre nosotros los días de la semana, y precisamente por esta razón celebran ellos tan solemnemente el día en que cumplen los sesenta, porque el mortal que llega á cumplirlos, ha recorrido todos los años de este ciclo, y con el año sexagésimo primero empieza, por decirlo así, á vivir una nueva vida.

Tratábase de remontar, gracias al fuerte viento del Oeste que venía del Mar Amarillo, las sesenta cometas, y después sujetar la cuerda de cada una de ellas en el techo que cubría el arco de la puerta exterior del palacio del rey, para que aquellas abigarradas figuras en que estaban escritos los nombres de cada uno de los sesenta años, y que representaban los de la vida del gran mandarín, se detuvieran en alto frente á la casa de Kim-mun. Los sesenta niños que intentaban remontar las cometas pertenecían á la nobleza, y así podía

juzgarse al ver sus vestidos de seda y sus sombreros adornados de largos lazos, que, atados por bajo de la barba, les llegaban á las rodillas.

«Tú verás, hermanito mío, cómo nuestro cometa se remonta antes que todas las demás,» dijo un hermoso niño de unos doce años á su hermano, dos años menor que él, que iba detrás llevando un ovillo de cuerda. «Cuando ayer la remonté en nuestra casa de campo, me hice sangre en un dedo: míralo.»

«Mucho me alegraré que seas el vencedor, Yn, y yo te ayudaré, respondió el niño menor. ¡Guárdate del grandullón de La-men! enredó hace pocos días con toda intención la cuerda de su cometa con la de Ya-he y con la de Ke-un para cortárselas y hacer que se les vayan las cometas.»

«No se atreverá á hacer esto conmigo, exclamó Yn, cuyos ojos chispeaban. Si tal hiciera, ya verías como

yo le escarmentaría, aunque casi me lleva la cabeza.»

«¿Me estás amenazando, Yn? dijo un muchacho alto y bizzo interponiéndose entre los dos hermanos. Si no me pides perdón de rodillas aquí mismo, te haré pedazos tu cometa para que el viento se los lleve á donde quiera.»

Pero antes de que Yn pudiese replicar, llegó el maestro de escuela de los niños, que los había conducido á todos ellos allí, y que había sido el inventor de aquel juego de las sesenta cometas. «¿Por qué te atreves á interrumpir el juego ó á impedírselo á alguno de tus compañeros, La-men?» dijo amenazándole con la mano. «No te librarás de la caña de bambú, aunque fueras diez veces hijo del mandarín del Supremo Tribunal. Comenzad ya el juego. ¡Buenas gentes, apartaos y dejad espacio!»

(Continuará).

BIBLIOGRAFIA

Realidades, novela por D. José Vallet y Sabater, ilustraciones de Femenia. Barcelona.—La tierra teatro de las *realidades* que nos describe el novelista es gris, sin contrastes, una interminable sucesión de campos, que son ó pudieran ser trigales. Como estos campos, es decir, sin grandes resquebraduras, sin vibraciones de pasión, succédense las escenas en la novela de que hablamos: y aun cuando no lo revelara el título de la obra, fácil había de serle al lector adivinar que es real, que el autor lo ha visto y vivido, lo principal de cuanto en su obra describe. Las miserias de un caciquillo rural, tirano de aldea, los crímenes de sus principales servidores, que, fiados en el poder del amo, nada temen ni respetan, y como remate el castigo de los culpables y el arrepentimiento de Luciano, el principal personaje de la novela, esto es la trama de la obra, pero á nuestro pobre entender no es ni de mucho lo principal ni lo mejor de la novela: lo mejor es la magistral descripción del cura de aldea, padre, maestro y consuelo de todos; lo mejor es la manera como hace el autor odioso y repugnante al caciquismo local y la manera como critica y se burla de esta gran conquista de la democracia, el sufragio universal, y de la otra conquista de la misma, por lo llevada y traída, fastidiosa señora, el jurado, institución á la cual deja de *cuerpo presente*.

Decía un mi amigo, entusiasta de las novelas de Fernán Caballero: «Son excelentes, muy excelentes, pero más que las novelas en sí, me gustan los *intercalados*, aquellos parrafitos en que el autor *entrometiéndose* se permite exteriorizar su sentir, exponer su pensamiento é ideales.»

Esto ó parecido ocúrreseme decir de *Realidades* al recomendarla muy de veras á mis lectores: es novela hermosa que deleita y enseña, pero más que la novela en sí, me entusiasman las ideas que defiende, las costumbres y conquistas democráticas que condena.

De la «Biblioteca Patria» hemos recibido los siguientes tomos: *La tragedia de D. Inigo*, novela corta por Pedro Luis de Gálvez; es la primera de las cinco que contiene este tomo; literariamente es buena. «No podemos, dice la revista *La Sagrada Familia* y con ella nosotros, decir otro tanto del efecto moral que puede producir su lectura.» Un aplauso incondicional para la tercera novelita: *El tesoro de los humildes...*, y pasemos á otro tomo. *El último cuento azul*, lo titula por ser

éste el del primer cuento de los diecisiete que contiene; es su autor M. R. Blanco Belmonte, y son los diecisiete no deliciosos, deliciosísimos, castizamente escritos, cristianamente pensados..., en una palabra, cuentos modelos; tomos como éste es lo que deseamos los asiduos lectores de la «Biblioteca Patria.» Otro de los tomos recibidos este mes es *El pobre amor*, original de José Ortiz de Pinedo; contiene el tomo tres novelas... dialogadas. Ante todo permítaseme decir que no puedo con estas novelas... representables: no sé si por esta razón me disgustó el tomo, creo que también contribuirían á ello algunos chistes que no son verdes, pero... maduros tampoco. Y pasando al último tomo, diremos que es original de D. José Ignacio de Urbina, y que contiene cinco novelitas y un prólogo, muy bien escritos, destinados todos á cantar y ponderar las excelencias del seguro, del que en una *Poesía del Idem*, que también contiene el tomo, llega á decir:

Poesía del seguro, si los hombres
tu inspiración hermosa no sintieran,
HUIRÍA EL AMOR DE LOS HOGARES (!!)
el dulce amor de la poesía esencia.

M. C. y G.

LAS MISIONES CATÓLICAS dará cuenta en esta Sección de todas las obras cuyos autores ó editores le remitan un ejemplar.

LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Panamá. —P. Leonardo Gassó.	9'65 Ptas.
Salazar. —D. Ramón Marañón.	12 »
Valencia. —D. Antonio Hernández.	17 »
Mazarrón. —D. Ginés Morales, Pbro.	50 »

Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.—1911